

Ediciones Turas Mór
es un emprendimiento
para crear libros electrónicos
de distribución gratuita.

Los derechos de las obras
pertenecen exclusivamente a cada autor.

Se prohíbe la reproducción total o parcial
de este material sin la cita de su fuente
y el respectivo permiso de su autor.

Ediciones Turas Mór
es miembro fundador de
e-ditores

e-ditores

e_ditores@yahoo.com.ar

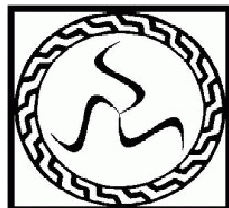
<http://editores.sub.cc/>



Ediciones Turas Mór

e_ditores@yahoo.com.ar
(Asunto: Turas)

<http://turas.sub.cc/>



Esta obra está bajo una licencia
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 Argentina
de Creative Commons.

Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>
o envíe una carta a Creative Commons,
171 Second Street, Suite 300, San Francisco, California 94105, USA.



ESN 80683-090410-723961-51



Ciencia Ficción
Fantasia
Terror



Ediciones Turas Mór

12



Contenido

Editorial.....	3
<i>Crisálida</i> (PATRICIO CHAIJA)	4
<i>Tu mejor recuerdo</i> (CAMPO R. BURGOS LÓPEZ).....	8
<i>Te llevo bajo mi piel</i> (SAURIO).....	15
<i>Suicida del "rock'n'roll"</i> (ALEXIS BRITO DELGADO)	23
<i>La habitación 13</i> (SANTIAGO OVIEDO).....	32
Trazos de ayer: ORNAY	34
<i>El sabor de la rutina</i> (M ^a DEL PILAR JORGE)	35
<i>Historia de un solitario</i> (JOSÉ C. CANALDA)	39
<i>Dolores que se pasan</i> (RICARDO G. GIORNO)	53
<i>Vida y muerte en Verador</i> (GABRIEL ROMERO DE ÁVILA)	57

NM

www.revistanm.com.ar
revistanm@gmail.com

Dirección y grafismo:

SANTIAGO OVIEDO

http://faneditor.hi5.com

Maquetación y arte de tapa: **BÁRBARA DIN**

Ésta es una publicación de distribución gratuita sin fines de lucro, dedicada a la difusión de la nueva literatura fantástica hispanoamericana.

Las colaboraciones son ad honórem y los autores conservan la totalidad de los derechos sobre sus obras.

Es una publicación de **Ediciones Turas Mór** para **e-ditores**

ESN 80683-090410-723961-51

Se agradece por haber tomado parte en este número a:
DANIEL SALVO, ERATH JUÁREZ HERNÁNDEZ y a cuantos apoyan el proyecto.

En la portada:

Ilustración de ORNAY (gentileza de CHRISTIAN VALLINI)

raza de seres crédulos será una nueva especie mucho más manejable, mucho más endeble e incapaz de repelemos. Serán bobos; serán niños bajo la espada cruel de la guerra. Y nosotros haremos caer esa espada sobre sus débiles cabezas.

"¿Que habremos de esperar una eternidad para lograrlo? Aunque sean mil eternidades, queridos amigos. Porque algún día volveremos a Verador. Y no será como visitantes, sino como herederos de un Imperio..."

III

—¿Y bien? —preguntó el joven guerrero de la armadura de plata—. ¿Cuál es la lección en esa historia, anciano? ¿Es acaso una parábola acerca de mi origen noble y el de mi raza? ¿Somos nosotros esos huérfanos del espacio, abocados a viajar de un mundo a otro sin hallar consuelo, y a que nuestro propio orgullo y desprecio aniquilen todos los paraísos en que pretendemos habitar? ¿Lo he entendido bien, gran Kanegusi?

—¡Je, je, je! ¡Eres un tonto engréido! Vosotros no sois los peregrinos, sino las bestias sin razón que sólo saben matar para vivir, incluso a sus propios hermanos. Te crees muy impor-

tante, niño imberbe, pero vales menos en el Universo que el polvo sin forma que escupen las estrellas. Y algún día lo verás... ¡Oh, y tanto que lo verás...!

"La leyenda de Verador ha pasado de bocas a oídos durante muchas generaciones, pero en verdad fueron miles de millones los planetas que aniquilaron en su lento vagar. Tal vez el tuyo fuera uno de aquéllos... Tal vez en aquel pasado tu ostentosa raza no era sino demonios grotescos mancillando la tierra. Profanando el cosmos con su mera existencia. Y ahora, oh, gran señor, por fin os habéis convertido en esa nueva especie mucho más manejable que el Gran Líder buscaba.

"Marchad ahora de mi casa, joven. Ya os he regalado la sabiduría que pedisteis, y he sembrado en vuestro corazón la semilla del miedo. La verdad aterra, ¿no es cierto? Volved a vuestro hogar, pero no dejéis nunca de mirar al cielo. Porque un día, cuando menos lo esperéis, los altivos señores de la guerra volverán a visitaros, y reclamarán el mundo que fue suyo.

"Y entonces sí que sabréis, con total seguridad, lo poco que valen vuestras vidas..."

© GABRIEL ROMERO DE ÁVILA, 2008.

GABRIEL ROMERO DE ÁVILA CABEZÓN

(España —Madrid, 1978—)

Actualmente vive en Galicia. Médico de profesión, escribe relatos de ciencia ficción, seriales *pulp*, novela histórica, terror e incluso algunos *westerns*. En 2008 ganó el Premio de Relato Corto del Ayuntamiento de Nigrán y también fue finalista en el Premio Faes-Farma. Colabora en diversas páginas *web*, para las que escribe con regularidad, como **Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes**, **Action Tales**, **NGC 3660** y **Archivo 007**.

miembros jóvenes y fuertes, salvajes y temerarios, serían respetados por el grupo, y ganarían su valor ante los otros cobrándose más piezas que ninguno.

Piezas...

No eran otra cosa los altivos señores de la guerra de Verador.

El Gran Líder no pudo soportarlo más. Se agachó sobre el enorme tablero de mandos, y oprimió el fatídico botón.

La explosión fue terrible, como un nuevo *Big Bang*, limitado a aquel lejano y olvidado rincón del Universo. La frágil cáscara del planeta se hizo añicos como un cristal reventado por la onda expansiva. Los mares hirvieron, las tierras volaron en pedazos y la antigua atmósfera fue calcinada en el acto.

Verador fue consumido en apenas minutos, esparciendo por el Universo millones de diminutos vestigios de roca, naves y fortalezas olvidadas, y mil almas sacrificadas al Dios de los Muertos.

—¡Mi señor! —gritó el portavoz del Consejo Científico—. ¿Por qué habéis hecho esto? Condenasteis un planeta fértil, y a nosotros a vagar sin descanso por el Universo, sin esperanza de hallar nunca un lugar donde cobijarnos...

—¿Y acaso teníamos otra opción? —respondió el Gran Líder—. Ese planeta era el infierno, disfrazado de bello paraíso. No, debíamos marchar, huir de la condenación que nos tenían reservada. Pero no sin vengar a aquellos que murieron...

"Hoy los monstruos han sido extinguidos, como pretendían hacer con nosotros, y todo su mundo es ahora cenizas

vagando por el espacio. ¿Y eso os preocupa? Nosotros somos vagabundos del Cosmos; no nos resulta extraña la vida del peregrino, y poco importa ya vagar otro siglo, otro milenio, con tal de obtener lo que soñamos.

"Hoy este mundo se ha convertido sólo en fragmentos inertes de lo que fue, pero algún día eso cambiará. Algún día los fragmentos volverán a caer hacia su antiguo núcleo, atraídos por la misma gravedad que fue la suya, y con el paso de los siglos conformarán de nuevo un gran planeta. Del mismo modo que ocurrió en su origen, las rocas se unirán, y renacerá Verador del caos en que lo hemos convertido. Y albergará otra vez la vida. Crecerán las plantas, y las bestias, y tal vez surja una nueva especie dominante que los subyugue a todos. Se alzarán del suelo curiosa y temeraria, buscando hacerse dueña del paraíso que la rodea. Sometirá a los seres inferiores, esclavizará a las bestias y plantas, y construirá su civilización a golpe de fuego y crueldad. Se crearán amos del todo, señores de la Creación y del Universo, y ofenderán con su arrogancia a los mismos Dioses Cósmicos bajo cuya ala se criaron.

"Y entonces regresaremos nosotros.

"Atraídos por su crédulo poder, por su valor sin sentido y sus avances pretendidamente superiores. Guiados por su estela de engreimiento y soberbia, bajaremos del cielo para hacernos sus dueños, y entonces sabrán cuál es su lugar en la pirámide del Cosmos. Porque, amigos míos, lo que nos habrán regalado mil millones de años de distanciamiento será el sometimiento. Esa futura

Al escribir estas líneas había finalizado la etapa de votación en el II Premio Internacional de las Editoriales Electrónicas. Los cuentos *Fuerza laboral*, de TERESA MIRA, y *He aquí el hombre*, de ALEXIS BRITO DELGADO, ambos publicados en **NM** 8, obtuvieron el 5º y 7º puestos, respectivamente, en la categoría Relatos, sobre un total de diecinueve candidatos. Vaya para ellos la felicitación; esta revista se siente orgullosa de tenerlos como exponentes del material que aparece en sus páginas año. También para el amigo CARPER, por su doblete en Ilustraciones.

Por otra parte, si bien la información pertinente corresponde que la notifique el colectivo del Premio (<http://premiointernacional.blogspot.com/>), cabe decir que la votación de **NM** como parte de ese emprendimiento coincidió en gran parte con el resultado final. Muchos de los escritores postulados son o están por ser colaboradores de esta revista y es alentador ver que su calidad autoral es reconocida por todos y que tienen ganas de participar en este proyecto.

De paso, vale la pena recordar que con este número se cumple su tercer año desde que surgió la idea de desarrollar este medio.

Es de esperar que todos los que estamos en este movimiento podamos seguir en esta brecha, sumando nuevos nombres y difundiendo a los ya consagrados, para demostrar que todavía hay mucho por hacer.

Por suerte. Cualquier otra cosa sería estancamiento.

SANTIAGO OVIEDO

Los textos de esta publicación fueron editados en OpenOffice 2.3. La revista se armó en Serif PagePlus 6.0. Los archivos PDF se generaron en PDFCreator 0.9.3.

CRISÁLIDA

PATRICIO CHAIJA

El sol, las algas, el remanso entre las piedras, la luminosidad sobre el pelo de Juliana, los sonidos de las voces, las bromas huecas de Tito, los pasos vacilantes, un bagre, el calor, las moscas, imágenes que se superponen en un dibujo complejo, y que Nacho no va a advertir hasta que haya pasado tiempo. Porque con las horas, o tal vez los días y los meses, si se tienen en el haber, se forman nítidas las líneas de las cosas, y tal vez un gesto nimio del pasado se estreche y se vuelva unívoco. Entonces, al pasar una curva del camino, del camino que desciende y se vuelve acuoso y pedregoso, sorteando las mojarritas que, nerviosas, huyen ante el mínimo contacto del pie contra el agua, llegaron a un lugar perfecto para internarse en el arroyo: agua baja, por momentos estancada, sin la fuerza que más arriba hace que la gente se arracime con nenes y ruido y música del auto. Un lugar tranquilo perfecto para internarse —ésa era la palabra que había utilizado Nacho, y que a las chicas les olía a alcohol, hospitales y tristeza—

en lo más hondo, donde nadie conoce. Habían venido en el auto de Tito. Manejaban un rato él y otro Lucas; atrás Juliana y Luciana, con Nacho en el medio, charlaban y el que estaba de acompañante cebaba mate hasta Tornquist. A partir de ahí la ruta era de pedregullo y mejor no arriesgarse a volcar todo sobre la ropa. Las mellizas lo cargaban a Nacho porque siempre las molestaba; desde polimodal que era insoportable, y ellas no sabían si era porque estaba caliente con una o con las dos, o qué. El rato pasó rápido; en una hora desde Bahía estaba el balneario, y antes de que se pudieran angustiar vieron la alameda y se detuvieron en la caseta para abonar las entradas. El día era raro: había nubes que cubrían el cielo por momentos; además, un aire frío fintaba con sacarles puteadas por no haber traído siquiera un suéter. Comieron los sándwiches que traían en las mochilas, las bajaron con Coca, y después dijeron *vamos a explorar* y caminaron más allá de donde las familias se divertían, un poco más atrás

incomprensible y turbador, de aspecto tan pavoroso que era imposible mantener la vista fija en él. Su tamaño era inconcebible; la piel negra y brillante, oleosa, vertía aceite por cada uno de sus poros. Su cuerpo era una masa informe y repulsiva, con un centenar de largos apéndices móviles y flexibles, como negras patas articuladas y acabadas en punta. Y la cabeza era lo más espeluznante de todo. Enorme, triangular, con grandes ojos brillantes que lucían como faros de maldad en aquel ambiente opresivo, y unas gigantescas fauces babeantes de dientes afilados. Un ser capaz de tragarse a un hombre entero de un único bocado, y de matarlo sólo con la vileza de su mirada.

En la negra sala llena de monstruos, aquel ser impuro e innoble destacaba por su maligna presencia. Como un veneno mortal que emponzoñara el aire.

Juntos, reunidos en torno a la enorme pantalla que transmitía las imágenes, los miembros del Consejo Científico se estremecieron al verlo. El miedo y la aversión los atenazaron sin remedio, pues nunca soñaron contemplar figuras parecidas. Sabían que se enfrentaban a monstruos crueles, a horribles criaturas de la noche sin miedo y sin piedad, a sus mismas pesadillas... Mas nunca imaginaron algo como esto. Tan salvaje, tan inhumano...

Y si temblaron como hojas sólo con verlo, mucho peor fue lo siguiente que observaron: del engendro nacieron más de quinientas esporas negruzcas, yemas redondeadas que brotaban de su abdomen, y que tan pronto como caían al suelo empezaban a crecer y

desarrollarse. Y de ellas surgían nuevos monstruos. Nacían ya adultos, con sus garras y colmillos dispuestos a matar, y terriblemente hambrientos. Se lanzaban sobre sus propios compañeros, arrebatándoles la comida de las manos y las bocas, e incluso a veces era a ellos mismos a los que devoraban.

Su crueldad era infinita y el salvajismo era su único instinto natural.

Entonces los grandes señores de la guerra comprendieron que aquello nunca acabaría. Mientras uno solo de ellos siguiera con vida, los monstruos querrían alimentarse a su costa.

Aquel ser horrendo, aquella reina de demonios, no dejaría de parirlos nunca, y su propia selección natural los haría cada vez más hábiles, más sanguinarios. Hasta que no quedara uno solo de sus enemigos.

En la pantalla, el combate entre demonios jóvenes y veteranos recrudecía, haciendo saltar restos impíos y una sangre negruzca y espesa. Hasta que uno de ellos, empujado por su propia violencia, cayó junto al abdomen del ser que era la madre de todos. Y ésa fue su perdición. Porque al instante, una decena de largas patas negruzcas lo atraparon sin remedio, y tiraron de él en dirección a su amargo final: la enorme boca afilada de su reina.

No tardo más que cinco segundos en tragárselo.

Y así, la cadena alimentaria se cerró, y la selección natural quedó asegurada.

El demonio madre no podía moverse ya, ni alimentarse por sí misma, pero eso estaba resuelto con la carne de sus hijos más ancianos, y por tanto menos útiles a la manada. Sólo aquellos

habían inutilizado su ataque, y colaboraron tantas piezas que pocos más podían quedar en los túneles.

Volvieron a equivocarse.

La noche siguiente fue la más terrible de todas. Nadie sabe cuántas bestias hubo recorriendo el planeta, ni cómo lo hicieron, pero verdaderamente habían aprendido la lección, pues esta vez las armas no lograron abatir a ninguno de ellos. En vez de eso, mataron a diez mil hombres.

Ciudades enteras fueron despobladas, arrasadas, plagadas de esqueletos limpios y quebrados, mientras respetaban las casas y edificios, dejándolos intactos. Vacíos. Ciudades fantasma sólo recorridas por el viento y la niebla. Y la muerte...

El pavor atenazó a los grandes hombres. Sabían que estaban condenados, y que sólo hacía falta tiempo para que terminaran de extinguirse. El Gran Consejo se reunió de modo extraordinario y se tomó una decisión desesperada: matar o morir.

El genocidio de los otros o el suyo propio. Y eligieron vivir.

La táctica se llamó *Bombas-Depredador*. Pequeños ojos voladores, inteligentes y autónomos, cargados con suficiente explosivo para desgarrar el planeta entero. Antes de que volviera a caer la noche, las mortales esferas cruzaron el rojo cielo de Verador, colándose por las grietas y fisuras del suelo, buscando inmisericordes a su presa.

Hallaron los túneles, enormes galerías de roca trazadas durante miles de kilómetros y millones de años, esculpidas generación tras generación por manos que nunca fueron humanas, hasta dejar la piedra lisa como el

mismo algodón. Vieron túneles y pasillos, salas de altísimos techos negros, pozos tan oscuros y profundos como si llevaran al más terrible infierno.

Y por primera vez, los grandiosos señores de la guerra contemplaron a sus enemigos.

Allí, lejos del mundo y de la realidad, donde parecía acabarse Verador, encontraron el origen de todo cuanto horror había sufrido aquella gente: solitaria, aislada, sobre una inmensa catarata de muchos kilómetros de profundidad, había una sala circular, de piedra negra y mármol oscuro, decorada con grandísimas estatuas de hombres y dioses.

Bajo ella circulaban aguas tan negras y corruptas que sólo verlas aterraba, plagadas de viejos cadáveres putrefactos y la sangre de otros tiempos. Y sobre ella, un centenar de monstruos deformes correteaban por los suelos, jugando como niños traviesos, profanando los mármol y estatuas, disfrutando los obscenos placeres de la carne.

Unos devoraban frenéticos las últimas tajadas de algún valiente soldado, otros copulaban sobre el mármol de una forma repulsiva y sacrílega, y algunos los observaban maliciosos. Sangre derramada sobre paredes y estatuas, víctimas raptadas y encadenadas a postes, sometidas a horribles torturas que se prolongarían durante siglos, bajo las miradas y las risas de demonios. Dientes y maldad.

Pero la forma más horrenda de todas, el ser más inmundo y deforme de cuantos allí podían verse estaba al fondo. Cerca de una abertura, tumbado boca arriba sobre su enorme espalda, incapaz de moverse, había un monstruo

de la cancha de fútbol y la pista de *midget*. Extrañamente el verde se espesaba a medida que avanzaban, y Tito, que iba al frente, contaba chistes tontos y reía mientras apartaba de un manotazo las hojas grandes y los mosquitos.

El agua estaba helada; las chicas sintieron que se les clavaban cuchillos en los tobillos y Nacho se reía pero desde la orilla. Todos estaban en malla salvo él; aún sentía pudor por el rollito infame que se negaba a irse, que hacía que su proeza de haber bajado esos sobrantes nueve kilos y medio que lo atormentaron durante los últimos años pareciera una empresa fútil. De reojo miró los cuerpos delgados de las mellizas, pero se sonrojó cuando Juliana se volvió hacia él y le preguntó si se iba a animar o si iba a seguir rompiéndole las pelotas. Se descalzó y se internó entre las piedras; los dedos le dolieron por la dureza del suelo, la forma amorfa de las rocas. Tuvo que tantear antes de acomodar el pie en cada paso, y cuando levantó la vista notó que se había rezagado: las risas de las mellizas y las salpicaduras de Tito y Lucas estaban casi dando la vuelta a aquel recodo. Para ese entonces el agua le llegaba a la cintura, y se deslizó nadando a lo perrito hasta que estuvo cerca. Cuando los alcanzó notó que se habían callado. El silencio que los envolvía abarcaba todo, salvo los mosquitos, salvo los loros, pero Nacho no lo advirtió porque algo había absorbido el mundo; el sonido era una burbuja que estallaba entre los oídos.

Ahí, detrás de las espaldas de Luciana y Juliana, entre el pelo de Tito y

la cabeza de Lucas, Nacho apenas pudo percibir a una chica que estaba sentada con los pies en el agua. El pelo le cubría los pechos (pero no estaba seguro, luego no estaría seguro); estaba ensimismada y miraba con cara arrobada una ondulación en la superficie vidriosa. Un mosquito caminaba por sobre el arroyo, con sus pasos de *geisha*, seguramente depositando sus huevos bajo la superficie, y tras la chica una mariposa blanca batía la telita de sus alas. Pero Nacho no reparó en nada de esto: sólo podía notar la desnudez del cuerpo de la chica, tan blanco, firme, y esos ojos que se le antojaban casi traslúcidos, la curvatura de los labios.

Luciana se sacó la gorra y el pelo le cayó en cascada por la espalda; sólo ahí Nacho pensó en que había estado conteniendo el aliento. ¿Cuánto tiempo hacía que estaban así, en silencio, observando a la chica quieta? Parecía una estatua, en efecto: sobre las pestañas tenía una gota. Lucas fue el primero en avanzar, porque era el más seguro del grupo; con su metro ochenta y su contextura siempre causaba una impresión fuerte en las mujeres. Pero la chica no se detuvo más en él que en los demás; los ojos casi amarillos de tan suaves se deslizaron como un pincel sobre los chicos. Se les puso la piel de gallina y notaron que estaban concentrados para no respirar con fuerza. Una telaraña sucia, de enormes dimensiones, se amalgamaba con el musgo, y entre sus pies y los muslos. Una baba amarilla clareaba los hombros y las manos sin uñas. La chica abrió la boca y expelió un graznido sordo, como

el canto de un cisne; un eructo blanco que a Nacho le hizo tomar consciencia de que no podía moverse.

Un zumbido sordo los amodorró; cuando parpadearon, la chica se había movido levemente. Ahora estaba doblada sobre sí misma, como si tuviera dolor de panza, pensó Nacho, y vio unos puntos sobre la espalda, unas costras rojas con relieve. La chica giró su cabeza y esta vez Nacho supo que los ojos lo miraban, se clavaban en sus pupilas y con un dejo animal lo mantenían embelesado y no podía apartar la mirada. Un siseo se escapó de entre los labios abiertos de la chica. Luego se levantó y vadeó el agua hacia Nacho. Los demás se quedaron quietos y permanecieron así cuando ella se acercó al grupo y lo miró apremiante. Él respiraba con fuerza y con el mentón temblequeante, preguntándose qué estaba ocurriendo, y si todo era real o imaginado. El graznido perdido de un loro lo convenció de que así era. Lucas movió un brazo para protegerse del sol y la chica retrocedió un paso; Juliana quiso atravesarse entre Nacho y la extraña. Esta última abrió más los ojos. El siseo se elevó en el aire de la tarde.

Nacho dio, vacilante, un paso entre las piedras. Luego comenzó a desplazarse entre el agua helada. La chica lo miraba fijamente y se escabullía entre las ramas. Unos metros más allá Nacho se dio la vuelta: sus amigos lo observaban, confundidos, pero ninguno se movía de su lugar. Parecían troncos muertos de árboles que habían nacido en medio del arroyo.

A los pocos metros, lejanos de la vista pero cercanos los cuerpos, los

cuerpos cercanos de ella y de él, la chica le bajó la malla de un tirón tan rápido que Nacho no tuvo tiempo de ponerse colorado. Las manos como babosas trabajaban sobre su sexo, buscando endurecerlo; él se quedaba quieto porque no entendía nada. Quería gritar pero un ruido sordo le taladraba la garganta. Ella se sentó sobre un colchón de musgo, sobre una piedra, y lo atrajo hacia su entrepierna; él tropezó y se lastimó las rodillas. El frío filoso trabajaba sobre su estómago; se le formó piel de gallina y los testículos habían disminuido su tamaño y se contrajeron con la base del pene. Nacho miró a la chica y vio su piel correosa, las arrugas del ceño y las que estaban bajo los párpados. Antes no había notado su edad. Parecía una chica, pero ahora parecía una mujer madura. El pelo se le estaba desprendiendo del cráneo, y caía en mechones con la raíz llena de sangre. Frente a esto no pudo hacer nada. La chica seguía manipulando sus genitales; quería insertar el pene flácido de Nacho en su vulva, pero ésta se veía como una herida en un pescado. La chica se irritaba y le presionaba el glándulo con fuerza.

Nacho no podía moverse. No se había dado cuenta de los pájaros, del agua fría, de sus amigos duros allá atrás, a la vuelta del camino, del afán de la mujer.

En un último esfuerzo por lograr la cópula la cosa se inclinó e intentó succionar el miembro de él, pero Nacho vio a tiempo los pequeños dientes en triple fila y la frenó con una mano en la frente. Caminó unos pasos hacia atrás y se dio vuelta. Vadeó el arroyo. Una ramita con musgo pasó

órbita en ocho que marcaba el devenir de sus demonios. Vida y muerte.

La muerte que se desató sobre los confiados señores de la guerra.

Cuando las sombras tiñeron la mitad sur de Verador, y la luz se evaporó como agua que fluye entre los dedos, un ejército de diablos negros y salvajes emergió de los túneles. En silencio, sin dar más pruebas de su existencia que los chillidos de los muertos y los cadáveres mutilados, se extendieron. Salían de la nada, de las infinitas cavernas talladas en siglos de existencia furtiva, y su presencia traía la muerte más pura y terrible. Garras y colmillos; pelo y pezuñas. Bestias innombrables tan viejas como el mismo planeta en que vivían, hambrientas de sangre y cuerpos, deseosas de catar las nuevas presas que llegaban de los cielos. Empezaron a esfumarse los brillantes conquistadores, a desaparecer sin dejar rastro en un mar de gritos y agonía. Y luego los hallaban, esqueletos pelados desprovistos de carne y ropa, huesos roídos y quebrados.

Y los inundó el miedo.

En la primera noche murieron seis mil hombres, y otro tanto en la segunda.

Al tercer día, el Gran Líder de aquellos seres sin mundo propio, de aquellos nómadas por obligación, supo que había que tomar medidas. Si no, amenazaban con extinguirse...

Llenó la superficie boscosa de armas escondidas entre ramas, de cañones ocultos en el follaje, de células fotoeléctricas, detectores de movimiento y minas de presión. Ordenó a los suyos que volvieran a sus naves y urbes, y que en esa noche en cuestión no hubiera un solo habitante que no estuviera protegido. Cerraron las grandiosas puertas de

metal, clausuraron las ciudades, y aislaron su delicada sociedad de viajeros esparanzados tras el miedo a unas criaturas que nunca habían visto.

Declararon la guerra a los monstruos.

La tercera noche, pareció que era otra vez de día. Fuego, estallidos, ráfagas de balas explosivas y detonaciones sin fin. La tierra completa se estremeció en un momento, y la frágil cáscara de tierra que era en verdad aquel mundo tembló por el fragor de la batalla. A la mañana siguiente recuperaron unos doscientos cuerpos destrozados. Seres de pesadilla, deformes y horribles, creados sólo para la muerte y el dolor. Largos brazos acabados en garras afiladas, piernas musculosas pensadas para el salto, grandes orejas y hocicos para seguir a sus presas. Ojos adaptados a la noche, pezuñas acolchadas para caminar en silencio y, sobre todo, fauces enormes, capaces de tragarse a un hombre entero, y dotadas de agudos colmillos como puñales sangrientos, que igual cortaban el músculo que el acero.

Monstruos salidos de sus sueños menos confesables.

Y lo más asombroso de todo, lo que más llenó de miedo sus corazones, fue el hecho de que, a la llegada de las primeras luces del día, esos restos impíos comenzaron a disolverse, envueltos en vapores corrosivos, deshaciéndose al contacto del aire puro y la mañana.

Aquellos demonios eran hijos de la noche. Por eso escapaban a los túneles.

Los guerreros se felicitaron por su éxito. Habían diezmado al enemigo,

grinar por las Estrellas, y que hoy nadie en su sano juicio recuerda ya...).

La noche se escabullía entre surros, lenta y perezosamente, bajo el efecto de los dos potentes soles de Verador. Su luz era clara y brillante, devolviendo la vida a un mundo que llevaba demasiado tiempo entre tinieblas. Ante sus rayos, las alimañas buscaban lugar donde ocultarse...

Y los monstruos regresaban a los túneles.

Durante siglos, Verador había seguido un macabro ciclo de muerte y resurrección continuas, marcado sin fin por el perpetuo viaje de sus dos soles por un cielo azul immaculado. ¡Quién diría los horrores que despertaban al marcharse su luz...! Los innumerables seres que corrían por sus campos y sus junglas, que limpiaban sus negras pezuñas en los arroyos immaculados, y que se mofaban burlescos de todo cuanto de puro y sagrado hay en la naturaleza. Cuando caía la noche en Verador, hasta los más salvajes depredadores temían por sus vidas, pues eran conscientes que lo que habitaba en los túneles ignoraba el perdón y la cordura...

Un día aciago, orgullosos señores de la guerra provenientes de un mundo más puro quisieron colonizar Verador. Llegaron en sus imponentes naves espaciales, en sus ciudades volantes y sus dragones vestidos con armadura, y vieron con gusto aquellas selvas, aquellos montes, aquellos lagos y ríos de agua pura. Y creyeron que podrían habitarlos.

Insensatos...

Durante el día, todo fue paz y dicha, y aquel mundo joven y descono-

cido se plegó a sus nuevos amos. Levantaron urbes de metal, y puentes sobre los ríos, y transformaron la superficie a su antojo. Y se creyeron dueños de Verador.

Aquellos altivos guerreros eran huérfanos del espacio, viejos supervivientes de un mundo antaño destruido por sus propios hijos, cuya sabia evolución no les sirvió más que para crear ingenios más dañinos, naves más terribles, métodos de muerte cada vez más eficaces. Hasta que fracturaron la misma superficie del planeta, secaron los mares y lagos, y abrasaron su delicada atmósfera. Hasta que hicieron inhabitable su propio hogar...

Sólo un puñado de ellos había escapado a la condenación, montados en sus vehículos más grandes y capaces, destinados a surcar el Cosmos en busca de otro lugar en que vivir. Pero con la lección bien aprendida, marcada a fuego en sus conciencias.

Ahora creían que Verador podría ser su nueva oportunidad. Su única opción de enmendar los errores cometidos y empezar de cero. Y durante un tiempo fueron felices.

Hasta que llegó la noche...

Y Verador fue tragado por las sombras.

Como consecuencia del hecho de orbitar dos soles gemelos, unido a su propia rotación natural sobre sí mismo, había un periodo de tiempo en que la mitad del planeta quedaba sumida en la más terrible oscuridad, hasta que de nuevo su perpetuo movimiento lo llevaba a caer bajo los rayos luminosos de la estrella vecina.

Día, noche, luz y oscuridad alterándose sin fin, en una larga y perpetua

junto a su pierna. Se acomodó como pudo la malla. Oyó un chapoteo y dio vuelta la cabeza: la chica (que ya no era tal) se había zambullido en el agua, pero estaba tan consumida que se hundió y volvió a salir más acá. Ya no tenía pelo ni pecas: sólo una masa amorfa de carne blanca se licuaba en donde antes había estado la cara. De la comisura de la boca y de los ojos corría una baba espesa.

Un bicho aleteante se posó sobre la cabeza del joven y Nacho lo apartó de un manotazo. No quería que nada

se interpusiera en la visión. Unas ramitas delgadas salieron a la superficie cubiertas de musgo y huevos de mosquitos. En realidad era una mano delgadísima. Una mojarrita muerta pasó flotando. Nacho dio unos pasos para alejarse de la mano, que flotó un poco contra corriente y luego desapareció bajo el agua lodosa. Un siseo quebró la hora de la siesta y se apagó lentamente, hasta confundirse con el zumbido de los mosquitos.

© PATRICIO CHAIJA, 2008.



PATRICIO CHAIJA
(Paraguay —Ciudad del Este, 1982—)

Nació en el Paraguay, pero es argentino y vive en Bahía Blanca. Tiene un *fotolog* con imágenes y noticias sobre sus relatos, entre muchas otras cosas (www.fotolog.com/elreypato). En **NM 10** publicó *Doce Águilas Amarillas*.

TU MEJOR RECUERDO

CAMPO R. BURGOS LÓPEZ

Burdeles conocí de todo tipo y en cuanto planeta, asteroide o fragmento flotante de roca estuviera al alcance de las empresas de viajes. Digamos que ésa fue y aún es una vieja adición. Cuando empecé en esto del comercio, labor a la cual todavía me dedico, siempre que concluía mis negocios en alguna ciudad de algún mundo, de inmediato iba a visitar algún prostíbulo y a tener un rato de juerga. Así fue como tuve relaciones sexuales con diversas hembras de diversas especies: con las huesudas colonizadoras de Venus, con las hechiceras de cabellos negrísimos de los polos de Marte, con las curiosas nómadas rojas de los desiertos tritonianos, con las sofisticadísimas damas sin esqueleto de 16 Cygni (hacer el amor con ellas era como sumirse en un tarro de arqueipe infinito). En fin, el hecho es que, cuando arribé por primera vez a este planeta, no me desvié un milímetro de la rutina acostumbrada; tan pronto como concluí mis transacciones con los lugareños, comencé a husmear por las zonas subterráneas de esta ciu-

dad y entonces me topé con el sitio en el que nos encontramos. Al entrar, el camarero que me atendió me ofreció una bebida, me hizo sentar junto a una mesa y de inmediato me conectó a una terminal de computador. Allí ingresé al impresionante catálogo de hembras que estaban disponibles. Había de todo: sidereanas de repulsivo aspecto para un humano como yo, que sin embargo podían hundirte en éxtasis insospechados; heliconianas cuyos turbadores ojos—cual si fueran basiliscos—podían matarte si les sostenías la mirada más allá de unos segundos; ursonianas cuya desnudez te dejaba ciego; mujeres de Iota Serpens vedadas a los humanos, porque su temperatura era tan alta que, si alguno de nuestra especie las tocaba, de modo irremediable sufría quemaduras. Alelado contemplé ejemplares del sexo femenino de incontables estirpes cuya apariencia a veces movía a risa, a veces al miedo; la mayoría de las ocasiones, a la lujuria más descontrolada. A instancias del programa de presentación del catálogo, reduje

VIDA Y MUERTE EN VERADOR

GABRIEL ROMERO DE ÁVILA

I

Bienvenido, gran señor, a mi humilde morada.

Venís a presentaros a estos ancianos ojos ya sin vida, grandioso y rutilante, con vuestra bella armadura de plata y un sinfín de naves de guerra que opacan mi cielo. ¿Y buscáis mi palabra? ¿Mi consejo?

Tal bondad os honra. Vos, gran señor de un mundo de castas y espadas, de furia y batalla, os presentáis en mi vieja caverna, haciendo gala de una modestia que no creí posible ya, y pedís que os hable.

¿Tal es la fama que ha adquirido el milenario Kanegusi, que los más grandes señores de la guerra acuden a visitarlo, a escuchar sus rancias palabras de ayer, sus historias de otra época? En verdad os digo, grandioso caballero, que cientos son los mundos que he hollado, miles las constelaciones que he visto apagarse como velas que se extinguen con el viento, y un millón las vidas de amigos que se me han escapado entre los dedos, como

agua que fluye entre los huecos de un cedazo.

Ciertamente, mis días se cuentan por eones, mis vivencias son historia ya del mismo universo en que habitamos, y mis ojos han visto por desgracia todo cuanto de bueno y de malo hay bajo el negro tapiz de las estrellas.

¿Queréis mis consejos, gran señor? ¿Deseáis que os cuente los eternos secretos del cosmos? ¿Las malignas verdades detrás de los agujeros negros, de la vida y de la muerte, de la música que tocan las galaxias en su eterno viaje?

Como gustéis...

Os contaré una historia, y espero agradaros...

II

Ocurrió hace muchísimo tiempo, a una distancia innombrable de aquí, en el entonces llamado planeta Verador, un hermoso jardín de selva y sol en el antiguo sector Delta-35-C (según la clásica denotación que marcaron los Dioses Cósmicos en su Tercer Pere-

Se arrodilla frente a mí, y del suelo brota un filamento, una fibra lumínica que poco a poco se engrosa y se despliega hasta tomar la forma de un pupitre.

Sentada a ese pupitre, ahora la nena revuelve sus útiles y gime. Los ojos siguen secos.

Entonces se levanta y corre, corre, corre de un lado para otro, como si esquivase algo o a alguien. Quiere esconderse pero no puede. Sufre en silencio. Se retuerce. Se quita de encima cosas invisibles. Parece enloquecer. La lucha termina de pronto. Sus ojos no dicen nada; su boca se cierra. Con una mano la nena se abre el pecho y con la otra se arranca el corazón. Palpita en su mano y el color brillante es lo único que resalta sobre la bruma opaca. Lo estrella contra el pupitre, tiñéndolo de rojo. Ella vuelve a gemir. Los ojos siguen secos.

Se acerca a mí; rechina los dientes. Otra vez se arrodilla; gatea. Me abraza las piernas. Me esfuerzo para mantener el equilibrio.

—Martín, Martín —me llama. La voz ha cambiado. Se parece más a la que tendría que tener una niña.

Dos gotas caen en mis pies; no es mi sangre. ¿Serán, por fin, sus lágrimas?

La condena —quiero creerlo— no será por siempre.

Vuelvo a recordar cuánto me amó mi padre: no me arrepiento de ocupar su lugar.

Sentado sobre la alfombra, abrazado a las piernas del papá, Martín se dejaba acariciar la cabeza.

—Papá, te quiero mucho.

—Yo también, Martín. Para mí no hay nada más en el mundo.

—Ya lo sé, papá, ya lo sé. Quiero decirte algo: siempre te voy a querer. Y no me importa el futuro; puedo soportarlo. Sé que tomar tu lugar, cumplir tu condena, no será para siempre.

Y se recostó, tapándose la cara con el brazo.

—¿Qué...? —atinó a decir el padre, estremecido—. Pero si... No, no puede ser. ¡Esto se termina acá, Martín! Ya mismo te llevo al médico. Martín, ¿me estás escuchando? —Se agachó y sacudió a su hijo—. Martín... ¡Martín!

El nene levantó la vista soñolienta, como si acabara de despertarse. La expresión había cambiado.

—Hola, papi —dijo—. ¡Por fin viste! ¿Me llevás a la plaza?

© RICARDO G. GIORNO, 2006.

RICARDO GERMÁN GIORNO
(Argentina —Buenos Aires, 1952—)

Prolífico escritor, en **NM** ha publicado *Sólo trabajo* (# 1), *Gómez y Ricuti* (# 3), *Las moscas son las primeras en darse cuenta* (# 5), *¡Oh, el fútbol!* (# 8) y *Quemar a Madre* (# 10).

mi búsqueda sólo a hembras de experiencia humana de distintos planetas y aquí sí que quedé aún más boquiabierto: la belleza de estas mujeres superaba cualquier intento de descripción. Se me ofrecían diosas y semi-diosas altas y bajas, blancas y negras, rubias o morenas, delgaduchas o de redondeces aturdidoras, de sangre azul o plebeyas, de rostros salaces en extremo o de inocencia irredimible. Si escogiera a la menos atractiva de todas —róculo éste que me parecía imposible aplicar, dadas las suntuosas carnes de las criaturas que veía— se me garantizaba un deleite más allá de cualquier cota imaginable. En esas me encontraba cuando, casualmente (si es que las criaturas podemos usar esta palabra), en un extremo de la pantalla noté un *link* muy particular que decía “Tu mejor recuerdo”. Intrigado, lo pulsé y entonces se me apareció otra página *web*. Allí se me explicaba que, si estaba interesado, no tenía que escoger a ninguna de las espléndidas hembras del innumerable catálogo y que, en vez de ello, podría hacer el amor con “la mujer de mis recuerdos”. El programa se denominaba CZ3 (sigla que significa algo en esa enmarañada lengua que hablan aquí, pero cuyo exacto sentido en este momento no recuerdo) y garantizaba que, al conectarse a él, de inmediato la persona recibía una serie de estímulos al cerebro que volvían a llevar, y a revivirla de manera idéntica, a aquella relación sexual que uno mismo consideraba la mejor que hubiera tenido en su vida. Para ello, la única información que el programa solicitaba era el nombre de la mujer con

quien el usuario consideraba que había tenido el episodio sexual más memorable de su vida y uno que otro detalle adicional que se deseara señalar (por ejemplo, el nombre de la ciudad donde ocurrió el encuentro, el perfume que se recordaba de la mujer, la estatura de ella, el año del suceso). Con los datos mencionados, y una vez asegurada la conexión a ciertos sensores del aparato, CZ3 rastreaba por unos minutos el cerebro de quien se lo solicitaba y luego —aseguraba la página *web*— la realidad en que se encontraba el usuario era sustituida por otra donde, hasta en el menor detalle, el cliente podía tener por segunda vez ese encuentro sexual que él pensaba que la historia se había tragado y que ya nunca más sucedería.

En aquel momento, la posibilidad planteada por CZ3 me puso a hacer memoria de mi vida y no lo dudé ni un segundo. El episodio sexual más memorable de toda mi existencia había acaecido con mi primera novia, que se llamaba Olga. Yo tendría como veinte años de edad y Olga tal vez veintiuno, y en ese entonces nuestro noviazgo ya llevaba varios meses. Cierta día yo la visitaba en su apartamento en el norte de Bogotá, en el planeta Tierra, y en algún momento la hermana con la cual ella vivía tuvo que salir del lugar y Olga y yo quedamos solos. Sin perder un segundo comenzamos a besarnos y antes de que lo percibiéramos estábamos despojándonos ansiosos de nuestras ropas. Cuando la vi desnuda me quedé estupefacto; jamás había contemplado un ser tan bello du-

rante todo el tiempo que llevaba en aquel mundo. Olga era muy delgada y sus senitos apenas si seme-
jaban dos manzanitas, pero en aquel momento sentí que asistía a una epi-
fanía. Cuando sus manitas tenues se posaron en mi espalda estuve a punto de desmayarme de placer; cuando su lengua rozó la mía no podía creer que se pudiera ser tan feliz... En fin. El hecho es que yo recordaba aquellas dos o tres horas de hace tantas décadas como el momento más mágico de mi vida. Después de aquella ocasión, Olga y yo hicimos el amor unas cuantas veces más, pero en las otras oportunidades nunca experimenté la beatitud y la maravilla que la tarde referida me habían poseído. Tras un año o algo así, y por razones que hoy en día me parecen triviales, Olga y yo terminamos nuestra relación. Yo me alejé de ella y nunca más volví a verla. Encuentros sexuales posteriores tuve incontables y de modo especial en burdeles como éstos. No obstante, jamás volví a experimentar lo que sentí esa tarde. Cientos o miles de mujeres me regalaron cuanto placer pueden deparar la carne y los sentidos y, sin embargo, la sensación de *celestialidad* que Olga una vez me obsequió, nunca volví a experimentarla. Así pues, cuando la primera vez que vine aquí, CZ3 me hizo su ofrecimiento, casi no tuve que pensar para escribir en él dos datos: "Olga" y "senitos de manzana". Nada más. De inmediato me enlacé al sistema siguiendo sus instrucciones y al cabo de unos minutos ocurrió. Por un segundo me sentí un tanto marea-

do pero luego, inexplicablemente, yo volví a tener veinte años, me encontraba en el antiguo departamento de Olga en la lejana Bogotá, y frente a mí se hallaba ella con su apariencia de ratoncito dulce. Yo no entendía nada, pero el hecho era que Olga lucía exactamente igual que la tarde que más había añorado en mi vida, que me estaba tomando de la mano igual a como lo había hecho aquella vez y que, en cierto instante, la hermana de Olga apareció en el umbral de la habitación donde nos encontrábamos, para anunciarnos —igual que la primera vez— que debía adelantar una diligencia y que por ello debía dejarnos solos en la vivienda. Un milisegundo después de que la hermana de Olga cerró la puerta y salió al pasillo de aquel piso, Olga y yo nos arrojamamos uno en brazos del otro. Otra vez nos aligeramos de ropa y otra vez —¡sí!, ¡otra vez!— mis tripas sintieron la misma arrasadora ola de emoción que yo creí que la vida me había negado para siempre. Cuando, tras dos o tres horas, la hermana de Olga volvió al apartamento, inexplicablemente me desvanecí y unos minutos después sentí que el mesero de este lugar me tocaba el hombro para despertarme. Yo estaba feliz y, cosa que no comprendí, muy muy exhausto. Me parecía que mis piernas pesaban más de lo normal y sentía como si hubiera corrido descalzo una maratón. Cansado como me hallaba, le pedí al mesero un vaso de agua y luego otro y otro. Una vez alcanzada la saciedad, me reconecté a la máquina para volver al paraíso en que había estado,

alaridos. Y lo único que oigo es el terror de mis huesos que se retuercen.

Sólo me queda aguantar la condena.

—¿Y violador, papi? ¿Fuiste violador vos?

—¡No! ¡Cómo decís eso! —Lo estremecía escucharlo hablar con términos que no eran los de un nene de su edad. ¿A qué viene esto?—. ¿Quién te enseñó esa palabra? Sos muy chico para saber eso.

¿Violador?

El padre de Martín se sentía juzgado: su hijo se estaba convirtiendo en algo más que su hijo.

—“Violador” la oí de la tele, papá. Cuando comemos con el noticiero siempre la nombran. ¿Nunca jugaste a correr a las chicas y tocarlas?

—Mirá, Martín, esto no me gusta. Me estoy asustando. ¿No querés contarle a papá...? Qué sé yo... A vos te está pasando algo y papá no comprende.

—Entonces, sí tocaste a una nena; entonces, entonces...

—¡Entonces, nada! Esa palabra es muy fea, y papi nunca hizo eso. Lo del colegio fue hace mil años, Martín. Yo era un nene chiquito, como vos. Y la nena siempre... siempre... Y tenía esos dientes que... ¡Bueno, basta! ¡Y en casa no se veía la tele mientras comíamos! ¡Y se terminó, carajo! ¡Acá no hay más tele! ¡Y ya mismo me decís qué te está pasando!

—O sea... —dijo Martín retrepándose a las rodillas—. O sea que vos la tocabas, ¿no? Y la nena no quería, ¿no? Y la nena sentía que... ¿Qué sentía la nena? ¿Sentía que no le gustaba?

—La respiración del niño se aceleraba; sus ojos se entrecerraban—. ¿Que no estaba bien lo que vos le hacías? ¿Qué fue de la nena, papá?

El padre respiró hondo. Los recuerdos lo atacaron quitándolo del presente. La nena... sus ojos grandes... los dientes cariados... las persecuciones.

Batalló por centrarse en el problema de Martín. Sí, lo mejor era un poco de tranquilidad. No sabía a dónde estaba yendo su hijo. Lo amaba tanto, tanto...

Los ojos; esa expresión...

¡No parece mi Martincito!

Lo abrazó fuerte, muy fuerte, y le tocó la frente con los labios. Estaba caliente. Una sensación de vacío le subió desde el estómago y le secó la boca.

¡Que no sea nada grave!

El dolor de la herida es más intenso cuando la carne se regenera. Siempre es igual; hace siglos que lo comprendo: es parte del castigo.

Pulsaciones, oleadas punzantes de dolor me obligan a no mover ni un músculo.

En esta luminosidad brumosa, sin días ni noches, cae sobre mi conciencia la inmensidad de la condena. Pero aguanto; yo la pedí. Fue por amor. Por amor a él, a mi padre. Se lo merecía.

La nena vuelve y me observa. ¿Adónde se habrá ido para aparecer así, de golpe? Aquí no hay paredes ni escondrijos. Llana y monótona, la luz me rodea sin sombras. En medio de la nada, no puedo ir a ninguna parte. Pero, ¿y ella? ¿Cómo se las arregla?

quierdo; se los frota en el borde de la falda roja, que sobresale debajo del guardapolvo. Por fin vuelve a colocárselos. Y se hunde el pulgar en la base del párpado. Primero, el ojo derecho. Y luego el izquierdo...

Me doy cuenta: trata de pensar sus acciones, para que yo comprenda. Por ahora no hay caso; no comprendo.

Esos ojos emiten un brillo opaco; me incitan a excitarme.

Pero no puedo excitarme.

No debo excitarme: el tiempo se alargaría; la carga regresaría más pesada.

El esfuerzo se volvería inútil.

—Papá, ¿vos fuiste ladrón?

—¡Martín! ¿Te volviste loco? Tu papi no es un ladrón.

—Pero, ¿nunca le sacaste un marcador a un compañero?

—Eso no me convierte en un ladrón. —El papá se sentó en el sillón; suspiró, atrajo a Martín hacia sí y le dio un beso—. ¿Vos tenés problemas en el “cole”?

—No, no. Digo, ahora no sos ladrón. Pero en aquel momento...

—Uno hace cosas cuando es chico, Martín, y a veces no las entiende. —Se reacomodó en el sillón, inquieto. Acariciándole la cara con el revés de la mano, estudió al hijo—. Mirá, Martín, vos podés contarle a papá.

—Entonces, entonces... por un cachito tuviste que ser.

—Ser qué.

—Eso, ser ladrón.

—Mirá, Martín, si esto te pone contento, fui ladrón por un día y una noche. A la mañana siguiente le de-

volví el sacapuntas a mi compañerita. Ni pude dormir. ¿Estás conforme?

Quieto.

Maldito.

Sin nada para distinguir más que la luz.

La luz y aquello que corporiza la nena.

La nena camina hacia mí empuñando un cuchillo.

Desliza la punta a lo largo del muslo; con un rumor áspero me hiende la piel como si fuese tela de esterilla.

La sangre corre por la pierna; caliente, ácida. Me moja los pies.

Inexperta, brutal, la nena toma los músculos que palpitan al aire. Los acaricia, los arranca con lentitud lacerante; poco a poco, desgajándolos del hueso. Pero no puedo gritar, estremecerme, llorar siquiera. Sí, debo aguantar. Debo...

Ahora los cortes son lentos, profundos. De pie, apenas puedo verle los bucles, que se mecen al ritmo de los cortes.

De pronto se aparta. Fija en mí sus ojos.

Ojos muertos. Secos.

Los ojos me miran vacíos, vacíos para el deseo.

De la boca se le escurre la misma sangre que se esparce a mi alrededor. Esos dientes podridos desgarran y trituran mi propia carne.

Prisioneros, me digo y le digo con la mente. Somos prisioneros.

Pero es inútil: ella no me escucha y yo muevo los labios en el vacío, mientras un trépano de hierro me desgarrar tejidos, nervios, tímpanos... y las palabras de la nena son gritos,

pero en ese instante el mesero me lo impidió. Cuando protesté por su intromisión, él puso cara de Santo Job y se limitó a mostrarme un *link* en el extremo inferior de la pantalla. Una vez que lo obedecí y pulsé el vínculo, apareció una instrucción que, mal resumida, decía algo así como que no se permitía el uso del programa más de una ocasión cada día, por cuanto el escaneo que el aparato llevaba a cabo al interior de los entresijos de un cerebro podía generar efectos letales sobre la salud. Así pues, disgustado por la imposibilidad de repetir mi experiencia, pero feliz por haber estado en el cielo hacía apenas unos minutos, abandoné entonces este lugar.

Durante la noche, una vez metido en la cama de mi cuarto de hotel, casi no pude dormirme por la vividez de las sensaciones que me asediaban. Otra vez había sentido el sabor de los pezoncitos de Olga, de nuevo había dejado mi semilla dentro de ella, otra vez su mirada tierna y asombrosa había devuelto las mías. A la mañana siguiente, tan pronto como desayuné, vine nuevamente a este burdel y me conecté afanoso a CZ3. Una vez más la máquina me sumergió en su hechizo y Olga y sus veintidós años de edad otra vez volvieron a mi encuentro. Al día siguiente de esta segunda cita con Olga en tan corto lapso debía abandonar el planeta, pero no lo hice. Aun cuando no viajar al siguiente mundo de mi itinerario me ocasionaría una gran pérdida de dinero, eso no me importó. Durante una semana completa me que-

dé aquí en Arum 7 y de modo religioso todos los días vine aquí a encontrarme con Olga. Tras una semana, por desdicha, hube de abandonar el planeta pues asuntos urgentísimos de mi compañía me requerían en otro mundo. Pero bueno, para abreviar el relato, digamos que, a partir de mi descubrimiento de CZ3, me volví adicto a él. En cualquier viaje y con el menor pretexto, siempre encontraba la forma de desviar mi trayecto hasta aquí y volver a este lugar. Retornar a este sitio era recuperar una y otra vez la tarde erótica más memorable de mi errática existencia. Así, el tiempo transcurrió y el hábito de visitar Arum 7 se instaló en mí. No obstante, una tarde en que había acabado de revivir a Olga por enésima vez, se me ocurrió algo obvio. ¿Qué habría sido de la Olga de verdad? ¿Dónde estaría ahora la Olga flaquita y de deliciosos huesitos, que me entregó tanta felicidad hacía tantas décadas? ¿No sería mejor buscarla a ella en persona que contentarse con algo como el CZ3 que, al fin y al cabo, sólo era un sucedáneo? A partir de ese momento, fui víctima de una nueva obsesión: debía reencontrar a Olga, estuviera donde estuviera; debía volver a hablar con ella; debía —quién sabe— volver a hacer el amor con ella. Por varios años me dediqué a esta fatigante empresa. Regresé a la Tierra —donde ya no vivo— y también a esa Bogotá donde transcurrieron algunos de mis despistados años juveniles. Allí contacté a algún viejo amigo de infancia y juventud y a partir de él comencé a rastrear direcciones, nú-

meros telefónicos, correos electrónicos, cualquier dato que pudiera aproximarme a mi objetivo. En algún momento de esa búsqueda me desesperé, pues mis pesquisas no daban resultados pero, al fin —tras tres años, ocho meses y veintitrés días— planté mis pies frente a la puerta de una gran mansión ubicada en los alrededores de la decadente Medellín. Una vez timbré a la puerta, aguardé por unos segundos y una criada abrió. Cuando le pregunté por Olga Rodríguez, la mujer me confirmó que sí se encontraba y me preguntó mi nombre. “Antonio Vélez”, le contesté, y entonces ella me pidió que esperara un momento y cerró de nuevo la puerta. Tras unos minutos en que estuve de pie ante la entrada, la criada reapareció y me hizo entrar. Por dentro, y quién sabe debido a qué ignota ilusión óptica, la casa lucía incluso más gigantesca que por fuera. Pasillos larguísimos, salas desmedidas, aposentos de corte catedralicio. Tras un momento arribamos a un salón y la mujer que me guiaba me pidió que me sentara y desapareció un momento. Durante el instante que estuve solo, curioseé un tanto y lo cierto es que me sorprendió el toque desolado del recinto. No sabría expresarlo, pero los sillones, alfombras, cuadros y chimeneas, tan sólo transmitían la sensación de una suerte de ocaso interior. Era inexplicable. El hecho fue que, al rato de aguardar, Olga Rodríguez apareció. ¿Cómo podría describirla? ¡Al fin y al cabo no la veía hacía como veinticinco años! Era una mujer de unos cuarenta y seis años (eso era seguro,

por cuanto yo andaba por los cuarenta y cinco). Tal como en la época de Bogotá, lucía delgadísima y tenue. Su semblante era muy blanco y algunas arrugas nada discretas se exhibían alrededor de la boca y los ojos. Su mirada, y no entendí la razón, era entre implorante y cansada. Llevaba su cabello negro recogido en una moña y su sonrisa era muy suave. Tan pronto me vio, Olga se quedó estática un segundo, pero luego corrió hacia mí y me abrazó. Aquel día lo empleamos por completo relatándonos qué había sido de la vida de cada uno en todo el tiempo en que habíamos dejado de vernos. Para mi sorpresa, Olga nunca se había casado. Había culminado una carrera como abogada, había sostenido varios noviazgos, había viajado por varios lugares de la Tierra, había tenido éxito en su profesión y finalmente se había radicado cerca de Medellín. En la época en que la re-encontré, Olga vivía del alquiler de ciertas propiedades heredadas y ocasionalmente asumía algún caso que fuera interesante representar. Nada más. La mayoría del tiempo, como ella misma decía, se le iba en recordar el pasado, imaginar metáforas para describir el presente, y observar horas y horas los paisajes que podían advertirse desde alguno de los patios de la casona. Teniendo el dinero para hacerlo, cosa que me pareció extraña, Olga nunca viajaba. Teniendo la oportunidad, dada su posición social, de frecuentar el orbe de las élites de su país, ella nunca asistía a fiestas o reuniones. Por lo que pude ver en las dos o tres se-

DOLORES QUE SE PASAN

RICARDO GERMÁN GIORNO

La nena: ojos enormes, pelo ensortijado, frente amplia, sonrisa de hediondos dientes carcomidos.

—Martín —sisea, llamándome—, Martín.

No es fea; tampoco linda. Y me estremece. Sé que la nena es una víctima. Igual que yo.

Apesta. Apesta a mierda, a hongos, a verduras podridas.

Me esfuerzo por no moverme: el alambre que me atraviesa la garganta se hunde, se clava.

Y el dolor no cesa.

No bien el padre de Martín abrió la puerta de calle, encontró al chico en la alfombra del *living*. Tuvo la sensación de que lo había estado esperando.

—Papá... ¿qué eras vos?

—¿Qué era yo? ¿Qué era antes de qué, Martín?

—Antes de ser como sos ahora. ¿Qué eras cuando eras chiquito?

—Y, bueno... —El padre dudó, sorprendido—. Era eso: un nene chiquito.

—¡Eso ya lo sé, papá! Pero, ¿qué eras?

—Y... era un estudiante. Iba a la escuela.

—¿Eso sólo eras?

—¿A qué viene esa pregunta, Martincito? ¿Por qué me preguntás?

Martín estaba raro; hacía como dos días que andaba haciendo preguntas extrañas. Esta fijación nueva con las profesiones de los niños preocupaba a su padre.

Sobre la alfombra, el nene seguía quieto, pensativo. De pronto levantó la vista.

—Podías haber sido cartonero. Hay chicos cartoneros. Digo, ellos solos son cartoneros; los papás no. A veces los nenes hacen cosas que saben que los papás no pueden hacer.

La nena gira la cabeza, y esos ojos escudriñan más allá de mí. No puedo seguirle la mirada, atenazado por pinzas que me sujetan el cuerpo. El martirio es un hechizo; imposible acostumbrarse.

Ella cada tanto se hunde el pulgar en la base del párpado. Primero se arranca el ojo derecho, luego el iz-

su cráneo era tan sólo una mancha producida de modo fortuito durante el revelado de la radiografía?

¿Cuál era, pues, la verdadera respuesta? Por mucho que lo inten-

tara, Ramón C. nunca podría llegar a descubrirlo.

© JOSÉ C. CANALDA, 2008.



JOSÉ CARLOS CANALDA
(España —Alcalá de Henares, 1958—)

Colaborador tanto en medios papel como en formato electrónico —españoles e hispanoamericanos—, en **NM 4** publicó *Contacto fallido*.

Tiene una página personal en <http://es.geocities.com/jccanalda/>.

manas que me alojé en su mansión, Olga nunca leía, nunca veía televisión y muy difícilmente salía de compras o al teatro. Varias tardes, ella me llevaba a sentarme en un banquito desde donde se atisbaba el magnífico espectáculo de un valle que no había sido afeado por construcciones humanas (o que, si alguna vez las tuvo, ahora ya no). En aquellas oportunidades, ella y yo nos sentábamos por horas enteras a contemplar la naturaleza y muy rara vez cruzábamos alguna palabra. Yo, debo decirlo, al comienzo estaba fascinado con ella. Es cierto que Olga lucía mucho más lánguida y con unas arrugas que no coincidían con mi recuerdo de su rostro, pero lo cierto es que el encanto de su mirada y sus gestos continuaban hipnotizándome como antaño. Una noche terminamos hablando de aquel que para mí había sido el encuentro más maravilloso de mi vida con una mujer en la ya distante Bogotá, y cuando precisábamos detalles, sin darnos cuenta, acabamos besándonos, abrazándonos y haciendo el amor. Allí, curiosamente, ocurrió un quiebre. El acto fue delicioso y sin embargo me quedé con la sensación de que no era eso lo que yo esperaba. Olga había sido dulce y amable y, no obstante, esa dulzura y esa amabilidad no bastaban para salvar el momento. Había sido, sin discusión, un momento placentero, pero de ningún modo el éxtasis y la suspensión de los sentidos a la manera de un santo en trance místico que yo recordaba. Extrañado, durante los días siguientes hice el amor varias ve-

ces con Olga a ver si “el Cielo” reaparecía. Lo hicimos en su dormitorio, en los patios, en la cocina, en alguna terraza, en los salones. En la mayoría de ocasiones fueron encuentros agradables y divertidos, pero ni el mejor de ellos se comparaba con esa sensación de estar haciendo el amor con Dios que había tenido con Olga a mis veinte años de edad. Mientras la Olga de veintiún años que yo recordaba alguna vez me había sumido en la dicha que, según las Escrituras, Dios depara a los bienaventurados, esta Olga de cuarenta y seis apenas si deparaba la calidez del roce de un terciopelo. Creo, incluso, que Olga quedó molesta y desilusionada conmigo cuando, al cabo de las dos o tres semanas referidas, de modo harto evidente, elucubré cualquier pretexto para abandonarla en su mansión. No puedo olvidar —lo reconozco— el asombro doloroso que advertí en su mirada el día que me despedí de ella. Mientras abordaba la nave que me sacaría de la Tierra, una y otra vez trataba de entender cómo era posible que resultara mucho más extático y celestial revivir, a partir de un programa de computador, mi encuentro sexual con la Olga de hacía más de veinticinco años, que tener sexo con la Olga actual de carne y hueso que, si yo hubiera querido, me habría podido dar, literalmente, una segunda oportunidad sobre la Tierra. ¿Cómo era posible que el recuerdo superara tanto en felicidad al hecho real? ¿Cómo es que una experiencia sucedánea podía ser mejor que la experiencia original? ¿Cómo podía ser preferible la incompleta Olga de

mis recuerdos que la Olga entera de carne y hueso que por segunda vez me había abierto las puertas de su vida? ¿Qué clase de sujeto era yo? Esas cavilaciones y muchas otras me atormentaron mientras una nave me trajo de nuevo aquí a Arum 7. Tan pronto descendí en el planeta, me alojé en el hotel de siempre y corrí a este lugar. Tan pronto me vio franquear la entrada, el mesero de siempre sonrió como si supiera todo lo que me había ocurrido y, tal como la primera vez que ingresé a este sitio, me acercó una silla frente al terminal de CZ3. Tal como la primera vez, ingresé los datos “Olga” y “senitos de manzana” y de nuevo este aparato me transportó al Paraíso. ¿Qué más puedo decirle? Mañana y pasado mañana, y después de pasado mañana, vendré aquí a revivir el acto sexual más inefable de mi vida. Vendré también la otra semana y dentro de dos semanas y dentro de

tres. Vendré en un mes, en dos, en tres meses. Probablemente la muerte me encuentre ocupando esta plaza frente al CZ3. Este programa no hace que yo rememore un hecho, sino que lo viva exactamente igual que la primera vez. Este programa es la auténtica máquina del tiempo. Entre la Olga de cuarenta y tantos años que hoy existe en algún lugar del planeta Tierra y la Olga de veintiún años que CZ3 me permite sentir, escojo la segunda. Entre la decepcionante realidad y la reminiscencia perfecta, me quedo con la segunda. Gracias a CZ3 he entendido que aquí está la Olga original; la de carne y hueso sólo es la copia imperfecta. La Olga que vive en algún lugar del espacio-tiempo sólo ha devenido clon de la original que reside en mi cerebro y que CZ3 jamás me permitirá olvidar.

© CAMPO R. BURGOS LÓPEZ, 2008.

CAMPO RICARDO BURGOS LÓPEZ
(Colombia —Bogotá, 1966—)

Psicólogo de la Universidad Nacional de Colombia y magíster en literatura de la Universidad Javeriana de Bogotá. Autor de *Libro que contiene tres miradas* (Premio Nacional de Poesía Colcultura 1993) y de la novela *José Antonio Ramírez y un zapato*. Fue incluido en *Cuentos de ciencia ficción* y en *Contemporáneos del porvenir. Primera antología de la ciencia ficción colombiana*. Su ensayo “La narrativa de ciencia ficción en Colombia” se publicó en *Literatura y cultura. Narrativa colombiana del siglo xx*. Algunos de sus poemas aparecieron en diversas antologías de poesía su país. En 2007 compiló la *Antología del cuento fantástico colombiano*. Es profesor en el área de lenguaje y literatura y escribe un libro sobre el género de las ucronías.

unas radiografías de su cabeza. Días después el médico responsable de los análisis lo mandaba llamar para mostrarle su preocupación por alguno de los resultados; huelga decir que Ramón C. acudió a la cita un tanto preocupado, puesto que temía encontrarse con una mala noticia en lo referente a la tensión arterial, el colesterol o algo parecido; sin embargo, lo que le comentó el médico fue algo que no había esperado en absoluto.

—Su estado general es correcto. —le había comentado el galeno—. Pero hay algo que me intriga. ¿Ha sufrido usted alguna vez una fractura de cráneo o algo parecido?

—No... —respondió confuso Ramón C.—. ¿Por qué?

—Porque en las radiografías ha aparecido algo muy extraño; mire usted. Aquí en el parietal derecho se aprecia una marca circular que es idéntica a las producidas por una herida de bala, pero esto es absurdo, ya que de ser así hubiera resultado mortal de necesidad, amén de que el orificio, si es que es tal, tendría que haber sido recubierto con hueso con posterioridad al disparo; de hecho, tan sólo se aprecia una ligera cicatriz. Puesto que es imposible que se trate de una herida producida por una bala, ya que no se aprecia el menor daño en el cerebro y el hueso tendría que estar regenerado, resulta forzoso buscar otra explicación; un fuerte golpe con algún tipo de tubo con el borde cortante quizá le pudiera haber hecho esa extraña muesca...

—Le aseguro que yo no recuerdo nada... Tan sólo en una ocasión,

cuando tenía diez o doce años, me fracturé un brazo.

—Está bien —zanjó el médico—. Tampoco tiene mayor importancia. Asumiremos que se trata de algún extraño defecto congénito y que usted nació con esa marca, váyase a saber por qué; lo importante es que el cerebro está completamente sano.

Dándole las gracias por su interés, Ramón C. abandonó la consulta dirigiéndose a su domicilio mientras meditaba sobre lo que le acababan de decir. Él sabía perfectamente que aquella cicatriz circular no era una marca de nacimiento, ya que durante el servicio militar le habían hecho radiografías del cráneo, sin que entonces apreciaran nada extraño; pero prefirió callar por prudencia. ¿Quién iba a creer que él había sido el conejillo de Indias de unos extraños seres que ni siquiera conocía, los cuales tenían la capacidad de arrancarle de su mundo, trasladándolo a una imitación exacta del mismo completamente privada de seres vivos, a excepción de la plantas? ¿Qué pruebas tenía de ello, salvo la extraña cicatriz, que le permitieran demostrar el apabullante poderío de sus captores, capaces de concentrar varios años de su vida en apenas quince minutos, capaces también de salvarlo de una muerte segura, regenerándole el destrozado cerebro, antes de enviarlo de vuelta a su mundo real?

Pero ni siquiera él mismo estaba seguro de ello. ¿Acaso no sería tan sólo un cúmulo de increíbles coincidencias, de sueños absurdos hilvanados únicamente por los caprichos del azar? ¿Y si la famosa cicatriz de

Mascullando entre dientes una excusa no demasiado educada, Ramón C. abandonó el recinto escabulléndose a su despacho. Al llegar allí observó con alivio que nadie parecía mostrar extrañeza por su ausencia; muy al contrario, su superior inmediato aprovechó la ocasión para encargarle un trabajo —urgente, por supuesto— tan pronto como lo vio.

Ya más tranquilo se retrepó en su asiento, mirando por vez primera el reloj; no había pasado ni siquiera un cuarto de hora desde que se levantara para ir al servicio.

¿Qué le había pasado? Evidentemente se había dormido, por más que no alcanzara a saber cómo, y había tenido un extraño sueño que recordaba con toda nitidez... Pensar que él era la única persona viva en todo el planeta; ¡qué absurdo!

El resto de la jornada laboral transcurrió sin que sucediera nada digno de mención, y las horas vespertinas tampoco le rindieron a Ramón C. ninguna experiencia fuera de lo normal. La monotonía habitual de su vida triunfaba de nuevo, aunque, bien pensado, ¿acaso había llegado a desaparecer en alguna ocasión?, se preguntaba Ramón C. con incredulidad.

Convencido de que todo había sido tan sólo un extraño sueño, Ramón C. consumió la jornada desarrollando una vida completamente normal. Llegó la noche, se acostó y se dispuso a esperar que el despertador iniciara la jornada del martes...

Pero algo ocurrió aquella noche; un nuevo sueño todavía más extraño que los anteriores; porque Ramón C.

soñó que se dirigían a él unos indescriptibles seres que le pedían disculpas por haberlo utilizado como sujeto de una experimentación. Con la nebulosidad propia de las ensoñaciones nocturnas, Ramón C. recordaría a la mañana siguiente, entre brumas, un sorprendente mensaje: había sido elegido para una extraña investigación, consistente en observar el comportamiento de un ejemplar humano en condiciones completamente similares a las para él habituales, aunque privado de cualquier tipo de compañía. Según sus invisibles interlocutores, habría sido trasladado a un escenario similar, hasta en su menor detalle, al mundo en el que se movía habitualmente Ramón C., con la única diferencia de que había sido eliminado de él todo vestigio no sólo de vida humana, sino incluso de cualquier tipo de especie animal, dado que estos últimos podrían haber alterado el experimento de forma incontrolable. El estudio había durado hasta que tuvo lugar el intento de suicidio de Ramón C., a raíz del cual se había decidido devolverlo a su mundo, dado que ya no tenía sentido continuar con el experimento. Al cabo de varias horas, inmerso ya en la rutina cotidiana, Ramón C. había acabado olvidando su extraño sueño; al fin y al cabo, tan sólo era uno más entre todos los que había estado teniendo durante los últimos días.

Pasó el tiempo. Ramón C. desarrollaba su vida con toda normalidad hasta que, algunos meses después, unos análisis médicos rutinarios le impusieron la necesidad de realizar

TE LLEVO BAJO MI PIEL

SAURIO

*"I've got you under my skin.
I have got you deep in the heart of me.
So deep in my heart, you're really a part of me
And I've got you under my skin"*
COLE PORTER

La sacaron en andas, como una virgen en una procesión parroquial la llevaban, cuatro eran quienes la cargaban en su trono, que no era de oro ni de sándalo ni de otro material noble sino de humilde y blanca cerámica, cuatro hombres en uniforme, dos bomberos, un enfermero, un policía, la llevaban por encima de la multitud de curiosos que venían a verla salir, flaca, marchita, humillada, con la mirada perdida y fotofóbica, al aire libre por primera vez en dos años, la inmensidad del mundo cayéndole encima como una tonelada de ladrillos, gritaría si pudiera pero la debilidad y el estupor son más fuertes, sólo se deja llevar por encima del mar de cabezas de policías, enfermeros, bomberos y curiosos, desnuda de la cintura para abajo, nadie la ha cubierto, curiosamente, siendo este un pueblo rural de la Norteamérica más puritana y xenófoba, allí va ella, sentada en un inodoro con las piernas y el culo al aire, embobada, aterrada, desearía volver a la seguridad del baño pero es en vano, no la escucharon antes, cuando

estaba dentro, no la van a escuchar ahora, que la transportan en andas, desde el tráiler a la ambulancia, a través de una muchedumbre morbosa que quiere ver a la mujer que se quedó pegada al inodoro, que quiere tocar, si pudiera, los pliegues de carne que han crecido sobre la loza haciéndola una con el retrete, deberían llevarla de nuevo adentro, allí las cosas estaban bien, vivía feliz con Cody en su pequeño, seguro mundo, pero él la traicionó, él fue quien llamó a quienes ahora la llevan a la ambulancia, no importa que haya dicho que lo hizo porque la amaba, porque no soportaba verla deteriorarse día a día exilada en el baño, diciéndole que tal vez mañana saldría, mintiéndole que tal vez mañana saldría, ¿qué sabía él del miedo?, él era hombre y eso ya es suficiente, no importaba que Cody no viese todas las luces prendidas en su cabeza, culpa de la endogamia y una dieta a base de cerveza y porro, él se las rebuscaba para sobrevivir, siempre había alguien que lo contrataba por unos días o que le compraba un

auto o un estéreo robados, nadie se metía con él desde que en la fiesta de graduación dejara en coma al imbécil de Duncan Weaver, que se creía el dueño de la preparatoria sólo porque era el jugador estrella del equipo de *football* y salía con la hija del *sheriff*, se la había buscado Duncan al provocarlo a Cody, debería haberlo sabido, en las películas como en la vida real finalmente los *freaks* ganan, y no hay peor *freak* que un *trailer trash* fanático del *death metal*, medio bobo, falopero y borracho, debería haberlo sabido antes de humillarlo por última vez, por suerte los testigos apoyaron a Cody y la condena fue mínima, apenas tuvo tiempo a aclimatarse a la cárcel que ya estaba fuera otra vez, viviendo con su madre hasta que ésta murió y encontró a Kayla en las afueras de Morag City, hambrienta, aterrada y aterrida, huyendo de un padrastro que abusaba sexualmente de ella, todos los padrastros lo hacen, los padres también, la rígida moral puritana empuja a ello, nada peor que una religión patriarcal y el temor al cuerpo humano para liberar a los peores demonios y cagarse en los tabúes, o eso es lo que decía Isabella, somos objetos de los que hacen uso y abuso por mandato divino, decía Isabella, Dios permite que Lot se coja a sus hijas adolescentes, permite que antes se las haya ofrecido a la turba enardecida para que las violen a ellas en vez de violarse a los ángeles que se hospedaban en su casa, Dios no tolera a los homosexuales pero llama “hombre justo” a uno que prostituye y viola a sus hijas, decía Isabella y Betsy, la hija del reverendo Wilson, le refutaba que eran las

hijas de Lot quienes violaban a su padre borracho y no lo contrario, siempre discutían ellas, Isabella y Betsy, Kayla sólo escuchaba y contenía el llanto, si tan sólo tuviera el valor, pensaba, no tener que soportar la visita nocturna y con aliento a alcohol, poder romper con el círculo vicioso de toda adolescente de Coilville, somos cosas, mercancías, la Biblia lo dice, aseguraba Isabella, un hombre puede vender a su hija como esclava, como esclava sexual, se entiende, eso dice la Biblia y así estamos, sometidas a unos palurdos que sólo piensan en eyacular varias veces por día, por eso huyeron, Isabella y Kayla, una noche tuvieron el valor, se robaron la camioneta del padre de Isabella y se dirigieron lejos del Cinturón Bíblico y de los pantalones bajos de adultos rijosos, a una tierra de esperanza y oportunidad, a un lugar donde las cosas iban a ser mucho mejores, ya vas a ver que sí, pero, a diferencia de Dorothy nunca abandonaron Kansas ni danzaron por un camino de ladrillos amarillos, culpa de un eje delantero que se partió a las tres horas y ciento sesenta y cinco millas de viaje y las dejó accidentadas en medio de la nada, Kayla tenía un corte en la frente que sangraba mucho y una pierna que dolía bastante, no podía caminar e Isabella la cargó hasta un lugar seguro en un bosquecillo mientras ella iba por ayuda, pero jamás volvió, ni esa noche ni al día siguiente ni al otro ni al otro, probó su pierna y dolía menos, la venda improvisada por Isabella con un pedazo de su blusa había detenido la hemorragia, y aunque aún estaba débil salió, buscando qué comer, con

te igual que el primer día, sin que a esas alturas a Ramón C. le preocuparan ya lo más mínimo las razones de tamaña incongruencia.

Si Ramón C. hubiera podido prescindir de forma completa de sus instintos animales, quedándose sólo con la parte racional de su mente, sin duda hubiera vivido satisfecho hasta el final de sus días; pero como no era así, para su desgracia, comenzó a encontrar cada vez más problemática la existencia. No fue un proceso brusco sino paulatino; primero comenzó a sentirse insatisfecho, para acabar cayendo poco a poco en una depresión de la que cada vez le resultaba más difícil salir. Retornó a su ciudad natal y se encerró en su antigua vivienda, abandonada desde hacía tiempo, limitándose a ver cómo se desgranaban los días, con la indiferencia de quien ya nada espera del porvenir.

¿Por qué le había tenido que tocar a él?, se preguntaba una y otra vez durante sus largos períodos de melancólica meditación. ¿Por qué no habría desaparecido junto con el resto de la humanidad? Quienquiera que fuese el culpable de la catástrofe, si es que éste existía, ¿por qué había sido tan extremadamente cruel con él? Si existía algún Dios, ¿acaso era éste su infierno?

Atormentado por un existir que ahora le parecía la más atroz de todas las condenas, Ramón C. fue madurando poco a poco la idea de acabar definitivamente con su pesadilla, recurriendo a la única manera que podía darle fin: el suicidio. No fue ésta una decisión fácil ni tampoco precipitada, sino que surgió como fruto

espontáneo de una larga y meditada reflexión; pero al cabo de ella habría de terminar asumiendo su inevitabilidad.

Buscaba una muerte rápida y limpia, y por ello eligió el disparo en la sien; nada peor podía ocurrirle que acabar malherido, dado que esto tan sólo lo conduciría a una agonía dolorosa y lenta que deseaba evitar por encima de todo. Así pues, se encaminó a una armería y buscó allí un arma que fuera apropiada para sus deseos; media hora después, en su propio domicilio, Ramón C. se desce-rrajaba un tiro en la cabeza.

Despertó bruscamente, descubriendo que estaba sentado en la taza del sanitario, y una vez recuperado el control de sus pensamientos, tras unos segundos de desorientación, llegó a la desconcertante conclusión de que, por estúpido que pudiera parecer, se había quedado dormido allí. ¿Cómo podía haberle ocurrido algo tan ridículo?, se preguntó al tiempo que se subía los pantalones y abandonaba sigilosamente la cabina. Era completamente absurdo...

Se encontraba evidentemente en el interior de los servicios de su centro de trabajo, unos servicios que ya no estaban vacíos; de hecho, mientras se lavaba las manos se le acercó uno de sus compañeros, manifestándole en tono jocoso su extrañeza por la tardanza de Ramón C. en salir de allí.

—¡Anda que no has tardado! —fue su torpe saludo—. Ni que te hubieras dormido ahí adentro.

do también, puesto que los alimentos frescos almacenados en todos los establecimientos que visitó (carne, pescados, frutas...) se habían deteriorado con el paso del tiempo pero en ningún caso presentaban síntomas de putrefacción, como hubiera cabido esperar.

Por otro lado, en sus correrías nunca había tenido problemas de ningún tipo ni con la alimentación (contaba con cantidades sobradas de conservas y alimentos preparados), ni con el alojamiento (siempre tenía un hotel a mano donde poder elegir la habitación que más le apeteciera) ni tan siquiera con la gasolina, puesto que los surtidores de las gasolineras continuaban funcionando; por todo ello, acabó llegando a la conclusión de que tampoco le esperaba una vida tan dura ahora que estaba razonablemente seguro de no tener que arrastrar una existencia de robinson y, puesto que siempre había sido un solitario convencido, comenzó incluso a encontrarse cómodo en su nueva situación.

¿Qué importaba ser víctima de toda una serie de continuos atentados contra la razón, qué importaba verse sumido en una situación imposible de explicar mediante algún tipo de lógica? Lo cierto era que tenía a su disposición los recursos de todo el país y que podía hacer libre uso de ellos como le apeteciera; con la comida prácticamente garantizada para siempre (las conservas, desaparecido el problema de la putrefacción, podían durar indefinidamente), con los servicios básicos funcionando sin problemas, sin que le importara lo más mínimo

saber cómo, Ramón C. comenzó a sentirse cercano al paraíso, sin que la falta de compañía humana le supusiera el menor problema. De hecho tan sólo echaba en falta, y únicamente de vez en cuando, la existencia de una compañía femenina que le hubiera permitido satisfacer ciertas necesidades imposibles de atender en solitario; pero puesto que las ventajas sobrepasaban con mucho a los inconvenientes, y Ramón C. estaba harto desde hacía ya mucho de tener que soportar continuamente a una humanidad, que en su inmensa mayoría tan sólo creaba problemas de todo tipo, sin aportar nada positivo a cambio, éste llegó finalmente a la convicción de que su actual situación era la mejor de entre todas las posibles... Y entonces, quizá por vez primera en su vida, Ramón C. fue completamente feliz.

Varios años después Ramón C. no pensaba lo mismo. Animal sociable al fin, por muy individualista que fuera, había acabado descubriendo, bien a su pesar, que los instintos ancestrales le habían ido ganando terreno poco a poco a sus planteamientos racionales tan trabajosamente levantados. Su vida era muelle, tenía a su alcance todo lo que necesitaba para sobrevivir sin problemas, se había adaptado perfectamente a su nueva situación... E incluso se había permitido el lujo de realizar largos periplos por carretera (el coche era el único vehículo que era capaz de manejar) que le habían llevado a visitar amplias regiones de Europa; una Europa vacía y completamente limpia, cuyos servicios básicos continuaban funcionando exactamen-

una rama por bastón, la visión borrosa, no recuerda mucho, sólo el empuje por salir de allí, buscar a Isabella, seguir camino rumbo a la tierra prometida, huir de casa, lejos, lejos, todo se confunde, el hambre, la sangre, dolor, caer una y otra vez, moscas, barro, camino de tierra, no ruta, no sabe dónde está, la ruta, ella, duele, el sol, hambre, sed, caer otra vez, oscuridad y despertar en una cama, en un tráiler, la cara de un extraño, Kayla gritó, aterrada, Isabella decía que los hombres son todos unos cerdos, aquí y allá, siempre con la pija en la mano buscando una concha adolescente donde enterrarla, no lo podía soportar más, trató de luchar, con puñetacitos de algodón, llorando, mordiéndose el labio, a los gritos, arañando la cara de Cody, que trataba de calmarla, no te voy a hacer daño, tranquila, tranquila, decía, te encontré casi muerta en un charco, tomá, un poco de agua te va a hacer bien, y nunca supo si fue su voz de niño grande, la sed o la caída en sensatez de su instinto de supervivencia quien la hizo dejar de luchar con su anfitrión o captor o salvador o lo que fuere, comió algo, con calma, fue poniéndose fuerte y confiando en Cody, no era mucho mayor que ella, casi de la misma edad, no era bien parecido pero tenía una expresión entre inocente y triste que la conquistó, la trataba con respeto, casi hasta con miedo, pero no miedo a ella sino miedo *por* ella, *por* que algo le pasara a ella, es que su madre siempre le repetía que las mujeres eran frágiles, que un imbécil como él jamás podría evitar hacerles daño, si lo sabría ella, que había parido a semejante bestia que

casi la parte al medio y la había dejado con un repulsivo prolapso que había ahuyentado a su padre, aunque mejor así, ese borracho bueno para nada sólo servía para lubricarla un poco antes de meterse el consolador, siempre acaba antes de que ella pudiera comenzar a deletrear la palabra "orgasmo", no es que su madre fuera buena deletreando tampoco y con el tiempo aprendió que a muchos tanto le daba un agujero como el otro, especialmente si era de noche y tenían algo de alcohol encima, y así muchos de los camioneros que pasaban por Morag seguían viaje con algo de lápiz labial o mierda en sus pijas y la madre de Cody volvía a casa con algo de dinero y mejor humor del habitual, lo que no equivalía a decir que viniera de buen humor y no se desquitara con él, que no era más que un subnormal que debería haber abortado, si yo hubiera sabido, si yo hubiera sido más inteligente en ese entonces, pero el bueno-para-nada de tu padre dijo que se iba a hacer cargo, que me amaba, sí, claro, como no, y en cuanto me vio con un colgajo saliendo de la concha puso pies en polvorosa y si te he visto no me acuerdo, después ella se tiraba en el sofá y Cody tenía que traerle la comida, o la bebida, o lo que fuera, su madre siempre lo necesitaba, siempre quería algo de él, lo tenía de acá para allá, apenas Cody tenía tiempo de otra cosa excepto atender a su madre, en los ratos libres se las ingeniaba para ir al colegio, escuchar música y drogarse en el cobertizo de herramientas, ahora ella estaba muerta y a Cody le faltaba algo o le sobraba tiempo, no lo sabía, hacer uso de algunas de las

habilidades que había aprendido en la cárcel le ocupaba algo de su día, o de su noche, para ser exactos, pero mayormente era no hacer nada hasta que algún tonto se dejara las llaves en el auto o una ventana abierta, y había días en que ni siquiera eso pasaba y tenía que conseguirse algún empleo estúpido que le duraba qué, ¿dos?, ¿tres semanas?, hasta que lo echaban por inútil o chorro o ambas cosas, si tan sólo tuviera la habilidad de cocinar metanfetaminas como D-mouth y los Salazares, pero la química no era lo suyo y casi mata a todos con su torpeza, así que en cuanto vio a Kayla supo que había encontrado un objetivo en su vida, y en cuanto vio a Cody ella supo que había encontrado un refugio para la suya, y así pasaron casi catorce años en los que fueron felices a su manera, ella dentro de la casa la mayor parte del tiempo culpa no del machismo sino de la agorafobia que había desarrollado tras su accidente, sólo podía salir en auto y acurrucada en el asiento trasero, y sólo salía cada tanto, ¿qué tenía que hacer ella allá afuera?, Cody era el que podía, Cody era el valiente, el gallardo caballero de la armadura reluciente que la protegía y la alimentaba y la mimaba, no había nada que ver allá afuera, nada que no le recordase a Coilville, a su padraastro, a la desaparición de Isabella, siempre se preguntó qué había sido de ella, por qué la había abandonado en ese bosquecillo, si ellas eran tan buenas amigas, por qué se había marchado sin volver la vista atrás, o por qué había confiado en ese hombre de aspecto siniestro, ella, que era la suspicacia en persona

y se había subido a su van para bajar trozada en bolsas de residuos que unos campistas encontrarían días después y pondrían a la FBI a investigar y los agentes de la Unidad de Análisis de Conducta se romperían las cabezas tratando de obtener un perfil de este asesino serial, dependía del día que había tenido Kayla y de lo que había visto en tele, a veces su amiga la traicionaba y la abandonaba como lastre, a veces su amiga era una de las tantas Jane Doe que un criminal psicótico había desmembrado luego de violarla en un ritual satánico, a veces Isabella era una esclava sexual de la mafia rusa, o china, o de cualquier otra nacionalidad exótica, pero sólo tenía conjeturas, sólo fantasías, temores, nada cierto, hasta que una tarde mencionaron a su pueblo natal, prestó atención y supo, supo que Isabella pasó todos esos años encerrada en un cuarto secreto en el sótano de su casa, luego de que su padre la capturara en la ruta, cuando ella buscaba ayuda para Kayla, que tuvo siete hijos con él, que uno de ellos nació muerto y el padre lo incineró en el horno, que tres vivían con Isabella en el sótano, que otros tres vivían en la casa, que su madre no sabía nada, o eso decía, que creía que ella había huido para jamás volver, excepto tres veces para dejar a los bebés en el umbral de la puerta, los periodistas se horrorizaban, ponían caras indignadas, cómo pudo ser posible semejante atrocidad, cómo, y Kayla bien sabía cómo, no había nada sorprendente, era un accidente esperando suceder, simplemente una exageración de lo que era moneda corriente en Coilville,

cuales tenía la certeza de que de las cerca de doscientas mil personas que sólo una semana antes habitaban allí, él era el único que no había desaparecido.

Pero la cruda realidad seguía empeñada en continuar sorprendiéndolo, por mucho que su capacidad de adaptación le hubiera permitido hasta entonces amoldarse a su insólita situación; porque era sorprendente que, más de una semana después de que la ciudad fuera abandonada a su propia suerte, la electricidad, el gas y el agua corriente continuaran fluyendo como el primer día. Era imposible que la automatización de estos servicios llegara a tales extremos, al igual que era asimismo imposible que en una ciudad de ese tamaño no hubiera ocurrido el menor incidente. Alguna cocina, se decía Ramón C., tendría que haber quedado encendida o, aún peor, con la llave del gas abierta; algún grifo debería haberse quedado sin cerrar, alguna ducha tendría que estar en algún lugar vertiendo agua continuamente. Y sin embargo, y a pesar de sus minuciosas inspecciones, no había descubierto ningún incendio, ninguna explosión, ninguna inundación...

Muy al contrario; en realidad, la ciudad parecía un museo perfectamente conservado, un museo donde el único que desentonaba era precisamente él. Y no era eso todo; por la noche el alumbrado público continuaba brillando en todo su esplendor, como pudo comprobar día a día. ¿Cómo era eso posible? Lo ignoraba, pero lo cierto era que la realidad cotidiana arruinaba todos sus inten-

tos de analizar con lógica la situación en la que se hallaba.

La siguiente etapa de sus pesquisas lo llevó a recorrer la cercana capital y, aunque su extensión y la imposibilidad de recorrerla a pie le impidieron que realizara una exploración tan completa como la anterior, las conclusiones a las que llegó fueron totalmente similares: ni uno solo de sus más de tres millones de habitantes daba la menor señal de vida, lo que no impedía que el estado de conservación de aquella fuera asimismo impecable.

Tras extender su radio de acción a los municipios del área metropolitana de la capital primero, y a los diversos pueblos que rodeaban su ciudad de residencia después, siempre con los mismos resultados negativos, Ramón C. procedió a visitar durante meses buena parte del país e incluso las zonas más próximas de los países vecinos, pudiendo constatar, sin ningún género de duda, que al menos en un radio de quinientos a mil kilómetros de distancia no existía el menor ser vivo, fuera éste humano o animal. Mamíferos, aves e incluso los insectos, habían desaparecido por completo, lo cual convertía a las zonas rurales en un mero decorado mudo y vacío. Ramón C. se preguntaba con curiosidad qué podría pasar con el equilibrio ecológico vegetal —el único que ahora existía— una vez desaparecida la totalidad de los animales, aunque esto en realidad no le preocupaba demasiado; más le había sorprendido comprobar que hasta los propios microorganismos parecían haberse esfuma-

camente, prefiriendo volcar su atención en las necesidades más perentorias. Así pues, volvió a su casa y cogió el coche, dirigiéndose al hipermercado más cercano; si a partir de ese momento iba a tener que valerse por sus propios medios para sobrevivir, mejor sería prevenirse cuanto antes, haciendo acopio de todo cuanto pudiera necesitar en el futuro.

Varias horas después estaba de vuelta con el coche abarrotado de los más heteróclitos objetos: alimentos principalmente, pero también linternas, baterías, un generador de electricidad junto con varios bidones de combustible, e incluso velas. Huelga decir que el centro comercial estaba tan abandonado como el centro de la ciudad, con las estanterías repletas de artículos y sin más signos de su antigua actividad que algún que otro carro abandonado por los pasillos. Lo mismo ocurría en la gasolinera en la que se detuvo para llenar el depósito del coche y los bidones de combustible para el generador, aunque descubrió con asombro que los coches que habían estado guardando cola en los surtidores continuaban allí, abandonados con las puertas abiertas y, en bastantes casos, con las llaves puestas.

Era evidente que estos coches no habían desaparecido a la par que sus conductores debido a que estaban detenidos en el momento en que tuvo lugar la catástrofe, al contrario de lo ocurrido con los que entonces estaban en movimiento; pero los coches parados en los semáforos también se habían volatilizado, lo cual parecía ser una clara contra-

dicción. A no ser, había pensado, que la diferencia estribara en que los motores hubieran estado o no apagados.

¿Pero qué importaba eso ahora? El principal reto de Ramón C. era sobrevivir en un mundo que repentinamente había trastocado todas sus leyes, y así lo entendió una vez hubo pasado la excitación inicial. Su situación era sumamente difícil por lo imprevisible, y desde luego en un futuro las cosas no iban a resultarle tan fáciles como lo habían sido ese día. ¿Qué ocurriría cuando llegara el invierno y careciera de electricidad, de agua y de gas? Sin ningún tipo de mantenimiento, ¿qué sería de la ciudad al cabo de unos años? ¿Acabaría teniendo que vivir entre ruinas calentándose en una hoguera?

Y aún había otra cuestión que le preocupaba. ¿Existirían más supervivientes? Ramón C. no podía imaginar que fuera él el único ser vivo en toda la faz del planeta, y estaba convencido de que debería haber al menos un puñado de supervivientes, probablemente tan desorientados como él. ¿Pero cómo encontrarlos?

Evidentemente tendría que buscarlos empezando por la ciudad y, si no obtenía resultado, ampliando cada vez más su radio de acción. Y tendría que hacerlo pronto, antes de que todo comenzara a fallar poco a poco. Solucionado ya —al menos por un tiempo— el problema de su alimentación, Ramón C. inició sus pesquisas recorriendo una por una todas las calles de la ciudad, en busca de alguien con quien poder compartir su experiencia. Esto le llevó varios días, pasados los

una sensación fría iba apoderándose de su cuerpo a medida que el noticiero seguía informando y cuando vio el rostro de su padrastro entre la multitud de curiosos detrás del periodista una puerta que había estado cerrada por catorce años se abrió violentamente y todos los fantasmas del pasado salieron en tropel, también salieron violentamente orina y mierda de su cuerpo y así se quedó, cargada y meada de miedo hasta que Cody llegó y la baño, a fuerza de esponja y jabón la ayudó a recuperar su confianza y en la pequeña ducha hicieron el amor, suavemente, salvajemente, como lo hacen en las películas, luego volvieron a hacerlo un par de veces más en la cama y en el suelo, los fantasmas fueron exorcizados por unos días hasta que una mañana pasó por la ventana una sombra y con el rabillo del ojo a Kayla le pareció ver a su padrastro riendo, no hubo caso comprobar una y otra vez que sólo era una rama en conjunción con una nube y cierto ángulo particular de iluminación, tuvo que ir a bañarse para quitar la cara del bastardo de su mente, y otro día volvieron a hablar del Carcelero de Coilville, que es como ya llamaban al padre de Isabella en los medios, y no fue suficientemente rápido el *zapping* de Cody para evitar que Kayla corriera nuevamente bajo la ducha, las semanas siguientes fueron disparándose más episodios como éste, cada vez más frecuentes, y una tarde Kayla entró al baño y no volvió a salir, se quedó allí, el único lugar seguro del tráiler, el único lugar donde Ellos no iban a venir, con sus pantalones bajos y sus palabras sua-

ves, diciéndole que ella era su nenita especial, que papi sabía lo que hacía, que papi la amaba y que iba a ser suave y gentil, y mami que no decía nada, sólo miraba y preparaba panqueques y cosía para los pobres de la iglesia, Cody le traía la comida al baño, ropa limpia, algún regalo ocasional, cada tanto le preguntaba cuándo iba a salir y ella decía mañana pero mañana jamás venía, porque siempre era hoy y hoy, hoy tengo miedo, Cody, hoy es siempre hoy, no temas, Kayla, acá estoy yo, para protegerte, ya lo sé, Cody, ya lo sé, pero mañana, mañana, mañana, ¿sí? y así otro día pasaba y seguía siendo hoy, por dos años fue siendo hoy, en los que Kayla fue retrayéndose más y más, un día cerró la puerta por dentro, otro día fue a mear y no volvió a levantarse del inodoro, había perdido toda voluntad, o, mejor dicho, su voluntad había perdido frente al pánico, todo era terror, excepto el pequeño, minúsculo espacio que ocupaban el inodoro y ella, un mes más pasó, en los que no comía, y mucho menos hablaba, apenas se movía, sólo se inclinaba hacia adelante y bebía agua del lavabo con un vasito de plástico, trataba de pasar inadvertida, que el pasado no se diera cuenta de que ella estaba allí, que creyera que ella era un mueble, un sanitario, un objeto inanimado, del otro lado de la puerta Cody le rogaba que saliera, que todo iba a estar bien, que él se iba a hacer cargo, que ya se había hecho cargo, que ya no había peligro, créeme, pero Kayla no le creía, gemía “Mañana, mañana”, y eso era todo, un día la puerta cayó y aparecieron policías, bomberos, enfermeros, no podí-

an creer lo que veían y mucho menos lo que olían, sus rostros mostraban una extraña mezcla de horror, hilaridad y asco, especialmente asco, el tufo era insoportable, hubo que bañarla con una esponja antes de intentar rescatarla, cuando quisieron levantarla no pudieron, su piel ulcerada se había fundido con el inodoro, era necesario operar, la intervención de un cirujano, la asepsia del quirófano, acá esto va a ser un desastre, demasiada mugre, demasiado olor, desatornillaron el inodoro y la alzarón, la sacaron en andas, como una virgen en una procesión parroquial la llevaban, cuatro eran quienes la cargaban en su trono, que no era de oro ni de sándalo ni de otro material noble sino de humilde y blanca cerámica, cuatro hombres en uniforme, dos bomberos, un enfermero, un policía, la llevaban por encima de la multitud de curiosos que venían a verla salir, flaca, marchita y humillada, con la mirada perdida y fotofóbica, luego la ambulancia, la operación, la convalecencia en el hospital, el interés morbosos de los medios, todos los noticieros repitiendo la noticia de la mujer que se quedó pegada al inodoro, todos los programas de humor burlándose de la mujer que se quedó pegada al inodoro, todos los *blogs* “opinologueando” acerca de la mujer que se quedó pegada al inodoro, todo el mundo sintiéndose superior a ese par de basuras blancas, “Lamentablemente, estamos lidiando con gente que tiene las capacidades mentales disminuidas”, tartamudeó el *sheriff* de Morag, “Lo más raro de todo”, comentó un vecino, “es que Cody tuviera novia, pegada al inodoro o no”, y

otra vecina agregó “Nunca vimos a ninguna mujer entrar o salir de esa casa”, “Ella era muy cercana a nosotros, no sabemos qué pasó”, declaró a la prensa Barbara McMahon, tía de Kayla, “Te amamos mucho y haremos todo lo que esté a nuestro alcance para ayudarte a pasar esto”, agregó con lágrimas en los ojos que el camarógrafo tuvo el buen tino de poner en primer plano, “Hasta donde yo sé nunca sufrió abuso familiar y Kayla nunca tuvo ni tiene problemas mentales”, aseguró su prima Lori y acusó “El tipo éste le lavó el cerebro, no existe otra explicación”, y Kayla se pregunta por qué no la reportean a ella, que es la única que sabe la verdad, que es quien voluntariamente se encerró en el baño, Cody no me hizo nada, me cuidó como nadie me había cuidado, ¿dónde estaban la tía Barbara y la prima Lori cuando ella las necesitaba?, ni siquiera puede recordar si son familiares por el lado materno o paterno, ¿o será la hermana de su padrastro?, no sabe, es que los sedantes son, precisamente, sedantes, y la mente de Kayla está como entre algodones embebidos en melaza, recuerda haberlas visto en reuniones familiares, no era mala persona la tía Barbara, sólo que vivía en la ciudad y por eso miraba con aires de superioridad a sus parientes del campo y se creía el árbitro moral de la comunidad, era una puritana laica y cívica, siempre al frente de cruzadas en pro de una sociedad políticamente correcta, en la que los niños estarían a salvo de las influencias negativas que constantemente reciben por parte de la televisión, la música *rock* y los medios de

Sin embargo, había algunos detalles que lo intrigaban. Para empezar, estaba la incógnita de los coches; si —como todo parecía indicar— todo el mundo había desaparecido simultáneamente de forma súbita (había encontrado mostradores con el dinero encima, sin que nadie hubiera tenido tiempo de recogerlo), ¿por qué razón no se veía ni un solo coche detenido en la calzada? Lo lógico hubiera sido que todos estos vehículos, privados repentinamente de su conductor, se hubieran detenido por sí mismos o hubieran chocado unos con otros o con cualquier obstáculo que se hubiera atravesado en su camino; pero, incomprensiblemente, ni un solo vehículo se veía en la calzada, a excepción de los aparcados, lo que parecía indicar que en estos casos los coches habían desaparecido junto con sus ocupantes.

Todavía más intrigante resultaba ser que los distintos servicios básicos tales como la electricidad, el gas, el agua o el teléfono continuaran funcionando con toda normalidad, por más que se pudiera suponer que las personas responsables de su mantenimiento también hubieran desaparecido. Ciertamente era que estos servicios estaban muy automatizados, pero era poco verosímil suponer que esta situación se mantuviera durante un tiempo indefinido... Lo cual le podía llegar a plantear serios problemas en un futuro más o menos inmediato.

Otra cuestión preocupante era la comida; aunque en un primer momento no tendría más que entrar en cualquier tienda y coger todo aquello que le apeteciera, esta situación no podría prolongarse durante demasia-

do tiempo, debido a que los alimentos acabarían estropeándose, sobre todo a partir de que cesara la producción de energía eléctrica... Claro está que entonces podría recurrir a las conservas para cubrir sus necesidades alimenticias, pero este recurso acabaría perdiéndose también, no por la cantidad de las reservas disponibles (éstas eran obviamente inmensas, en comparación con sus necesidades) sino porque también acabarían echándose a perder tarde o temprano.

Y luego... Seguramente no tendría otro remedio que aprender a cazar, aunque de pronto descubrió algo en lo que hasta entonces no había reparado: tampoco se apreciaba la presencia de ningún animal, fuera éste grande o pequeño. No es que la fauna callejera fuera habitualmente muy abundante, pero Ramón C. cayó en la cuenta de que no había visto el menor ser vivo: gatos, perros, pájaros, palomas; ni tan siquiera cigüeñas, tan abundantes en su ciudad. Todo parecía indicar que los animales se habían esfumado junto con los humanos, al menos en lo que a su entorno inmediato se refería.

Bueno, al menos quedaban las plantas, pensó con alivio al cruzar por una calle arbolada; aunque sólo fuera fruta y hortalizas, siempre tendría algo que comer, aunque inmediatamente recordó que todas las plantas cultivadas necesitaban una serie de cuidados que él no sabía dar. Pero, puesto que hasta llegar a ese extremo tendría que pasar todavía bastante tiempo, Ramón C. optó por encogerse de hombros filosófi-

televisión; nada tampoco en ninguno de los canales. Sencillamente, ninguna emisora estaba emitiendo en esos momentos.

Justo entonces sobrevino el mazazo; Ramón C. recordó con nitidez todo lo ocurrido el día anterior, desligándolo de las pesadillas que lo habían atormentado durante su accidentado sueño. Realmente todas las personas habían desaparecido como por ensalmo, y él había tenido que caminar treinta kilómetros durante varias horas para poder llegar a su casa.

Pero eso no podía ser. ¿Y si simplemente se había estropeado la antena colectiva? Ramón C. cogió el teléfono y marcó el número de su centro de trabajo; al fin y al cabo, tarde o temprano tendría que disculparse por su injustificada ausencia.

El teléfono sonó correctamente, pero nadie lo recogió, a pesar de que se trataba de una centralita. Cortando la llamada intentó contactar con algún otro lugar, repitiendo inconscientemente lo que ya intentara el día anterior; pero ni en información, ni en la policía, ni en los bomberos, ni en el ayuntamiento respondió nadie a sus cada vez más desesperadas llamadas.

¿Sería realmente cierto? Atribulado y con el corazón en un puño, Ramón C. bajó a la calle. El portero no estaba en su lugar, aunque la puerta de la cabina estaba sin cerrar, pero lo que más le llamó la atención fue que las tiendas estaban todas abiertas... Y completamente vacías.

Tras una inspección de varias horas por todo el centro de la ciudad,

Ramón C. se convenció de que la volatilización era real y además completamente general, a excepción de él mismo. Puesto que tan extraño fenómeno había tenido lugar a una hora en la que los comercios estaban abiertos al público, descubrió con sorpresa que tenía libre acceso a cualquiera de ellos, así como a algunas viviendas, lo que atribuyó—siguiendo para ello unos razonamientos de extraña lógica— al hecho de que sus ocupantes estuvieran entrando o saliendo justo en el momento de desaparecer, dado que encontró algunas puertas entreabiertas y con las llaves puestas en la cerradura.

Es un hecho cierto que una metodología racional puede ser aplicada perfectamente a unos postulados previos inverosímiles, cuando no simplemente absurdos, circunstancia que no sólo explica multitud de los errores cometidos por la humanidad a lo largo de toda su historia, sino que ha servido también frecuentemente para que embaucadores de toda laya, tales como los astrólogos, hayan conseguido engañar a multitud de personas, abrumándolas con sus métodos científicos; y fue a esta solución a la que recurrió Ramón C., no para intentar interpretar lo ocurrido—lo cual le hubiera resultado imposible—, sino simplemente para evaluar las consecuencias que pudieran derivarse de ello. Así pues, Ramón C. procedió a estudiar fríamente las circunstancias en las que se iba a ver obligado a vivir a partir de entonces, renunciando a encontrar explicaciones de cualquier tipo.

comunicación, ahora ella estaba a cargo, era la vocera oficial del caso, la que empezó a azuzar a la justicia para que juzgaran y condenaran a Cody, “Lo que hizo fue maltrato a un adulto a cargo”, no se cansaba de proclamar, “Los médicos dicen que Kayla no podrá volver a caminar, que los nervios de sus piernas están debilitados, alguien tiene que pagar por esto y ese alguien es Cody Fulton”, “De lo único que soy culpable es que no la saqué antes”, se defendió Cody, sin notar el subtexto erótico-chusco de su declaración, nadie lo notó, todos estaban demasiado ocupados en condenar a Cody, incluso un vecino lo denunció por masturbarse mientras observaba por la ventana cómo la hija adolescente del vecino se bañaba en el *jacuzzi*, lo pusieron en una celda por unos días, sin embargo no pudieron probar nada y muchos sospecharon que la chica lo había inventado todo para alcanzar notoriedad en los medios, vaya uno a saber, fue sólo una anécdota mientras esperaban que llevaran a Cody a juicio por descuidar a Kayla, por no hacer nada, en el ínterin la tía Barbara cerró trato con un canal de cable para hacer un docudrama con la historia de Kayla y el inodoro, por alguna razón se había convertido en la albacea y custodia legal de Kayla, pese a que ella era una adulta de treinta y cinco años sin ningún problema mental, tal como su prima había declarado, un día en el que la nube de sedantes estaba un poco más disipada se enteró de que su madre y su padrastro habían muerto en un accidente automovilístico mientras ella estaba fundiéndose con el inodoro, “Se

habló de sabotaje”, dijo tía Barbara, “que alguien había cortado el cable de los frenos, se sospechaba de un ex empleado de su padrastro, un joven negro o latino o ambas cosas, porque hay latinos que son negros, todavía no lo encuentran, tal vez nunca se sepa, no hay pruebas”, una sensación de alivio invadió a Kayla y sintió que algo había cambiado en ella, que ella era una persona distinta a la que solía ser, pero el cambio no se había producido ahora, con la noticia, sino antes, cuando se sentó para no levantarse del inodoro, ahora sólo era el punto culminante de ese cambio, de un proceso del que no había estado consciente pero que había ocurrido, no dijo nada, no quería que la tía Barbara se enterara, se quedó en silencio y volvió a caer en el habitual sopor hospitalario, en una rutina que se prolongó en la convalecencia en casa de tía Babs, interrumpiéndola sólo para hacer los ejercicios de rehabilitación y de aprendizaje del uso de la silla de ruedas, finalmente llegó el juicio de Cody, una payasada en la que los abogados de ambas partes competían por ver quién de los dos era más ingenioso, vano y capaz de dar el golpe más bajo a la sensibilidad del jurado, Kayla hubiera querido atestiguar pero optó por el silencio, prefirió seguir actuando como la flaca paralítica dopada por los calmantes hasta el momento del veredicto, que fue culpable, como era obvio, así las conciencias de los buenos ciudadanos quedaban libres de toda responsabilidad, esta gente es capaz de cualquier cosa, no como nosotros que somos educados, derechos y humanos, y de esta buena

conciencia se aprovechó Kayla, quien en un golpe de efecto mucho más efectista que todos los dados por los abogados se levantó de su silla de ruedas y con pasos inseguros y tambaleantes caminó hacia Cody, con los brazos abiertos y diciendo entre babas y lengua pastosa un deforme “TE AMO CODY TE AMO”, todos los presentes con la boca en un “oh” ante el milagro, los fotógrafos disparando sus *flashes* para capturar lo que sería la foto del momento, la posibilidad del Pulitzer, una imagen conmovedora que recorrería el mundo y la Internet, el abrazo sentido, profundo, amoroso, increíble que Kayla le daba a Cody, como esa pobre víctima, esa valiente mujer, perdonaba a quien la había dejado caer en el abandono más abyecto, quien no la había rescatado de su encierro, era emocionante ver cómo ella atraía junto a su cuerpo el cuerpo de su amado, incluso el juez no podía

bajar su martillo para pedir orden en la sala debido a la emoción que lo atenazaba y le nublaba la vista, todos los ojos estaban puestos sobre la pareja, todo el mundo parecía haberse detenido, era un *satori* colectivo en un silencio reverencial roto apenas por los *flashes* de las cámaras y la vocecita de Kayla que tarareaba bajito una conocida tonada de *jazz* romántico de mediados de los cincuenta, una canción para amantes con *swing* popularizada por Sinatra, y muchos se sintieron contagiados y la tararearon con ella, era como la frutilla que coronaba este momento sublime de sensiblería humana, hasta que alguien se percató de cuál era el título y lo que decían sus primeros versos y ya fue demasiado tarde para separar a Cody de Kayla.

© SAURIO, 2009.

SAURIO

(Argentina —Buenos Aires, 1965—)

Escritor polirrubro, con múltiples publicaciones, colaboró en **NM 3** con *Todo lo que hacemos es desear*.

dad por mitad de la calzada durante todo el recorrido.

Este hecho, todavía más insólito —si cabe— que los anteriores, acabó de convencerlo de que estaba ocurriendo algo no sólo excepcional, sino también situado más allá de cualquier capacidad de comprensión. ¿Cómo podía entenderse que se hubiera volatilizado la totalidad de los vehículos que discurrían habitualmente por allí? ¿Dónde se habían metido junto con sus ocupantes? A estas alturas bien podía darse por sentado que no se trataba de ninguna evacuación ni de nada parecido, pero entonces ¿qué demonios estaba ocurriendo?

Cuando finalmente llegó a su domicilio, Ramón C. estaba tan derrengado que se limitó a derrumbarse sobre la cama sin descalzarse siquiera, quedándose dormido inmediatamente. Su sueño resultó ser agitado y repleto de pesadillas en las cuales millones de esqueletos descarnados lo perseguían implacablemente por las calles de una ciudad desierta, en la que las puertas de todos los edificios estaban cerradas, impidiéndole buscar un refugio donde pudiera escapar de sus perseguidores; cuando despertó a la mañana siguiente, habían pasado ya muchas horas desde que el sol apuntara sobre el horizonte.

Su primera reacción fue de estupor, teñido de incredulidad. ¿Qué hacía allí un martes, casi a mediodía, tumbado en la cama completamente vestido? ¿Por qué no había sonado el despertador? Poco a poco fue poniendo orden en su desmadejado cerebro. Sí, recordaba haber tenido pe-

sadillas en las que se mezclaba confusamente un vagar por una ciudad completamente vacía, con una angustiosa persecución de esqueletos... ¡Qué absurdo!

Sus intentos por levantarse de la cama se vieron castigados por un sinfín de agujetas que le atravesaron todos los músculos de su cuerpo. ¿Qué había hecho la noche anterior? No recordaba nada en concreto, pero estaba seguro de no haber probado ni una gota de alcohol. Además, no tenía resaca sino tan sólo las secuelas de un cansancio atroz.

Pero ahora tenía otras necesidades más perentorias. Tras tomar una ducha caliente se sintió bastante mejor, pero entonces comenzó a sentir una sensación de hambre, tal como si no hubiera probado bocado en varios días. Se preparó un desayuno generoso —casi una comida— y una vez que hubo saciado el apetito decidió investigar en profundidad lo que le había ocurrido; ya llamaría más tarde al trabajo para decir que se quedaba en casa porque no se encontraba bien, lo cual no era ninguna excusa.

La inspección del despertador reveló que éste sí había funcionado a la hora correcta; lo que ocurría era que la radio que tenía conectada —Ramón C. la prefería al zumbador— no recogía ninguna señal. Mascullando imprecaciones barrió el dial varias veces de uno al otro extremo de las frecuencias, sin conseguir captar ni una sola emisora. ¿Es que ese trasto se había vuelto loco? Abandonando la radio se dirigió al salón y encendió la

sagradable, pero por otro no podía resistir la tentación de continuar en busca de una explicación que quizá únicamente fuera posible encontrar allí.

Avanzó, pues, llegando hasta un cruce de pasillos que habitualmente era una Babel pero que, a la sazón, no contaba con más indicios de una anterior actividad que los abandonados tenderetes con los que los emigrantes africanos solían ganarse la vida. Un segundo tramo de escaleras mecánicas lo introdujo aún más en las profundidades de la galería, llegando finalmente al andén de una de las líneas que tenían parada en esa estación.

El andén se encontraba absolutamente vacío; en la vía contraria se hallaba detenido un tren con todas las puertas abiertas, pero sin un solo viajero a bordo. Todo parecía completamente normal, excepto por la ausencia total y absoluta de cualquier ser vivo. Así pues, tras esperar infructuosamente durante más de veinte minutos la llegada de un tren o la partida del que estaba detenido en la otra vía, Ramón C. optó por abandonar un lugar que parecía estar maldito.

¿Pero a dónde ir? A casa, decidió al fin. Así pues, volvió a atravesar los pasillos, saliendo a la superficie no por donde había entrado, sino por el pasillo principal, sin cruzarse en ningún momento con una sola alma, a pesar de encontrarse en el principal nudo de la red, al coincidir allí cuatro o cinco líneas distintas. Esta boca de metro estaba situada en una gran avenida que más adelante se convertía en una

autovía, y se caracterizaba por contar con un denso tráfico, tanto de vehículos como de peatones durante las veinticuatro horas del día... Aunque ahora presentaba un aspecto insólito, sin más movimientos que los producidos por el viento ni más ruidos que los procedentes del susurro de las hojas de los árboles.

Sin embargo, a Ramón C. ya no le extrañaba nada de esto, embotada como estaba su mente ante el alud de sensaciones irracionales que lo habían dejado sin defensas racionales de ningún tipo; como tampoco le extrañó que el autobús estuviera en la parada con las puertas abiertas pero sin nadie en el interior, incluyendo al conductor. Y, por supuesto, no se veía el menor indicio de que las circunstancias fueran a cambiar en un futuro inmediato.

El problema estribaba en que Ramón C. vivía a treinta kilómetros de distancia de allí, lo que suponía una caminata de varias horas, si no tenía más remedio —como temía— que recorrer esa distancia a pie; como calculaba que podría tardar entre seis y siete horas en llegar a su destino, decidió ponerse en camino lo antes posible.

Finalmente fueron casi ocho horas las que tardó en llegar; un tiempo razonable, si se tiene en cuenta que Ramón C. llevaba una vida completamente sedentaria y jamás había caminado una distancia tan larga. A pesar de todos los inconvenientes, había tenido un factor inesperado a su favor: la inexistencia total y absoluta de tráfico en la autovía, lo cual le permitió caminar con toda comodi-

SUICIDA DEL “ROCK'N'ROLL”

ALEXIS BRITO DELGADO

“No creo en la muerte, porque uno no está presente para saber que en efecto ha ocurrido”.

ANDY WARHOL

Introducción

Todo había terminado...

La fama, las giras interminables, los conciertos, las drogas, las apariciones mediáticas, las limusinas, las *groupies*... No quedaba nada.

En un principio, los destellos de neón de los anuncios publicitarios y los flashes de las cámaras fueron agradables: disfrutaba con su merecida popularidad; había trabajado duro para llegar a la cima. Durante sesenta meses consecutivos, sus *singles* y discos fueron nº 1 en todos los rincones posibles del planeta. Podía considerarse la mayor estrella del *rock* de la historia y con diferencia; una supernova que había ascendido a lo más alto... para hacer explosión.

Deprimido, Ziggy Stardust se inclinó sobre la mesa de cristal, tomó un exótico tubo de platino decorado con filigranas, e inhaló dos enormes líneas de cocaína. Después, se frotó la nariz y se lamió las encías insensibilizadas con la lengua flácida, recostándose sobre el sillón tapizado con plástico.

Estaba tan pasado de rosca, que ni siquiera las drogas lo auxiliaban a escapar del espantoso letargo que lo dominaba. El material, adquirido por el *roadie* de la banda en Nueva York, apenas estaba cortado. Como podía comprobar, el camino del exceso conducía al templo de la sabiduría.

1

Su mente regresó al pasado, cinco años atrás, cuando supo que la Tierra estaba condenada a perecer. Ziggy fue el único que adivinó que el mundo tenía las horas contadas; cambio climático, el impacto de un meteorito, pandemia viral, terrorismo, guerra nuclear, el alzamiento de las máquinas contra el hombre, supervolcanes, agotamiento de los recursos naturales... Una serie de catástrofes aniquilaron a la humanidad que, ciega en su arrogancia, ignoró premeditadamente sus advertencias.

Un día cualquiera, al despertar, después de una noche de excesos, se dio cuenta de que había llegado el final que

había vaticinado en sus álbumes. Curiosamente, no logró sentir piedad o tristeza por lo que había ocurrido: los líderes políticos que pudieron impedir la hecatombe no le hicieron ningún caso, y los fanes estaban más preocupados en fornicar y colocarse escuchando sus discos, que en descifrar sus letras. Aquellos idiotas habían labrado su propio destino.

A través de los ventanales de fibra de vidrio, la visión de las calles desoladas, completamente destruidas, transformadas en pozos fuliginosos cubiertos de cadáveres, resonó contra las paredes de su cráneo. Stardust se preguntó cuál fue el auténtico motivo que había producido aquel caos. ¿Un virus? ¿Una explosión atómica? ¿Un meteorito? Nunca lo sabría; llevaba demasiado tiempo inmerso en su propio universo, aislado de sus semejantes, recreándose en su ego, enervado por las enormes cantidades de cocaína que consumía a diario.

La sociedad se había hundido y él, para bien o para mal, era el único superviviente. El destino no había cesado de obrar con una monstruosa ironía: Ziggy intentó evitar el Armagedón con todas sus fuerzas, sin éxito. El peso de la derrota destrozaba su conciencia con sus bordes afilados y lo hacía sentir como una mierda; parecía un monstruo kabuki, glacial e inexpressivo, atrapado en una prisión de cromo líquido.

2

La Tierra, a su llegada, rebosaba amor por los cuatro costados. Jóve-

nes recorrían las calles, tomados de la mano, serenos y felices, ajenos a todo mal. Stardust sonrió con cierta amargura, mientras jugueteaba con un mechón de su cabello color zana-horia: jamás podría retroceder en el tiempo y cambiar lo sucedido.

Recordaba días de vino y rosas, de carmín y brillantina, de sonrisas y sueños, cuando las metrópolis se alzaban hacia el cielo, cubriendo los continentes hasta donde la vista podía alcanzar. Los rascacielos de acero y cristal, que punteaban los límites del firmamento, altos y orgullosos, ahora sólo eran ruinas calcinadas.

Recordaba a todas las personas que había amado, tanto hombres como mujeres, durante sus correrías como estrella del pop. Centenares de jóvenes, vestidos como él, con un rayo brillante pintado, cruzándoles el rostro, le habían ofrecido sus cuerpos y anhelos sin ningún tipo de duda moral o filosófica. En el fondo, aunque siempre se hubiera negado a admitirlo, era un romántico por naturaleza. Por desgracia, aquellos chicos y chicas habían perecido; sólo le quedaba el amor divino para consolarse.

Recordaba bosques verdes y polícromos, océanos azules y brillantes, montañas escarpadas coronadas de blanco, enternecedoras puestas de sol que acariciaron su frío corazón como los dedos de un amante. Aquella fue una época feliz, no podía negarlo, a pesar de todo lo que sucedió después; nada lo conmovía más que el valor de la pérdida. Ziggy estaba solo; no le quedaba nada a qué aferrarse, excepto una montaña de polvo blanco que menguaba por minutos.

pletamente absurdo, pero no por ello resultaba ser menos real. Movidó por una repentina decisión, Ramón C. recogió sus bártulos, abandonando su lugar de trabajo cual alma que lleva el diablo.

El camino habitual hacia el autobús le hacía cruzar por una segunda calle paralela a la primera y tan desierta como ésta, conduciéndole luego a la puerta de una de esas tiendas que permanecían abiertas durante prácticamente todo el día. Allí tenía que haber forzosamente gente... Pero no la había. Ni dependientes, ni clientes, ni vigilantes; ni tan siquiera el mendigo malencarado que solía pedir limosna en la puerta. La soledad era absoluta, tan absoluta que ni siquiera se apreciaba la más mínima señal de saqueo mientras en las mesas de la cafetería se acumulaban las consumiciones y hasta el dinero del cambio.

Aunque Ramón C. había renunciado ya de forma inconsciente a intentar comprender lo que estaba sucediendo, su instinto animal había a florado, empujándolo a marcharse lo más rápidamente de allí, y él, que toda su vida había sido un solitario que abominaba de las aglomeraciones y le gustaba aislarse en cuanto tenía ocasión de ello, sintió repentinamente pavor al encontrarse espantosamente solo.

Tras abandonar el establecimiento, sus pasos lo condujeron mecánicamente en la dirección que de modo habitual tomaba camino de casa, encontrándose poco más allá con la boca de una estación de metro. Normalmente él no utilizaba este medio de

transporte, pero un repentino impulso lo movió a introducirse en sus entrañas; al fin y al cabo, le dijo algún recóndito rincón de su mente, las estaciones de metro son el refugio ideal en el caso de numerosos tipos de catástrofes. La gente no podía haberse volatilizado; tenía que estar en algún sitio, y el escaso período de tiempo transcurrido desde que él acudiera al servicio —apenas media hora escasa— hacía imposible que se hubieran podido ir demasiado lejos.

Sí, tenían que estar allí, pensaba, mientras entraba por el torniquete, aunque el vestíbulo estaba completamente vacío. De repente, cuando ya bajaba por las escaleras mecánicas, un profundo temor le invadió el espíritu. ¿Qué pasaría, se preguntó, si de repente se encontraba con cientos, con miles de cadáveres allí abajo? ¿Y si por un capricho del destino él fuera el único superviviente de algún tipo de extraña epidemia que hubiera exterminado a toda la humanidad a excepción suya? Ramón C. era aficionado a la ciencia ficción y recordaba haber leído varios relatos, e incluso conocía una película, que abordaban precisamente este tema. Estaban luchando todavía los últimos resquicios de su mente racional con el cúmulo de ideas absurdas que le rondaban por el cerebro, cuando la escalera mecánica llegó al final de su recorrido. Tropezó y estuvo a punto de caerse por no estar prevenido, lo cual tuvo la virtud de devolverlo de nuevo a la realidad. ¿Qué hacer? Por un lado tenía el temor de seguir adelante, donde quizá lo esperara algo de-

había habido una amenaza de bomba —no sería la primera ocasión— y se había procedido al desalojo del edificio sin que él se enterara? Puesto que en el interior de los servicios no se oía la megafonía, no era disparatado pensarlo así.

En el vestíbulo tampoco estaban ni los conserjes ni la telefonista, lo cual ya no le extrañó, puesto que estaba convencido de que el edificio había sido efectivamente desalojado. Dando por supuesto que todo el personal del centro estaría concentrado en los jardines vecinos, franqueó tranquilamente la puerta principal maldiciendo a los graciosos que se entretenían incordiando de esa forma tan estúpida... Pero los jardines estaban completamente vacíos, a pesar de que el movimiento habitual de personas que entraban y salían constantemente del complejo —eran varios edificios situados en torno a una placita central— hacía que siempre hubiera gente allí.

Esto ya no encajaba en su esquema, a no ser —claro está— que el desalojo hubiera tenido lugar en todo el recinto y no sólo en su edificio. Ciertamente era que los cinco minutos escasos que se había entretenido se le antojaban un tiempo demasiado corto para evacuar a los varios miles de personas que podía haber allí entre funcionarios y visitantes, pero no cabía otra explicación distinta, aparte de que la presencia de todos los coches que habitualmente estaban allí aparcados, incluso en doble fila, indicaba claramente que la gente tenía que haber abandonado el lugar de forma precipitada.

Intrigado, pero al mismo tiempo preocupado (¿acaso el peligro era real?), Ramón C. salió a la calle observando que los vigilantes jurados tampoco estaban en su puesto. Bien, se dijo, tarde o temprano tendría que encontrarse con algún policía, ya que la evacuación tenía que tener lógicamente un límite, por amplia que hubiera sido ésta.

Pero no sólo la policía no aparecía, sino que la calle (una importante avenida surcada por un denso tráfico) estaba ahora completamente vacía no sólo de peatones, sino también de vehículos, a excepción de los aparcados. Miró hacia arriba (la calle era de sentido único) y comprobó que el semáforo estaba abierto, al igual que el situado más allá; pero ni siquiera en la glorieta en la que terminaba la calle se apreciaba el menor movimiento de vehículos, a pesar de que esto era algo totalmente impensable.

La broma estaba empezando a pasar de castaño a oscuro. Completamente perplejo, Ramón C. volvió a su despacho y conectó la pequeña radio que siempre llevaba consigo, buscando alguna emisora que le pudiera informar de lo que estaba ocurriendo; inútil esfuerzo, puesto que sólo el silencio respondió a su frenética búsqueda. Abandonando la radio tomó entonces el teléfono y marcó diversos números: policía, bomberos, urgencias, información... Siempre con resultados negativos.

Al llegar a este punto la racionalidad del pensamiento de Ramón C. había saltado ya en pedazos. Lo que estaba ocurriendo era absurdo, com-

3

Stardust había ideado una estrategia para intentar salvar a la humanidad: se convertiría en una "zorra del rock'n'roll" y se presentaría en todos los hogares como el invasor de espacio que era. Evidentemente, sabía que los padres bienpensantes repudiarían su actitud; la arriesgada propuesta que tenía en mente no sería del agrado de las almas cristianas: una revolución sexual a gran escala que aniquilaría los anticuados conceptos sociales inculcados durante miles de generaciones.

Con la mente llena de hirvientes pensamientos y una energía ilimitada, Ziggy se puso manos a la obra y comenzó a buscar músicos para montar una banda. Quería tocar un rock innovador, totalmente adelantado a su época, sin parangón en el panorama musical. Primero estudió el mercado, dominado por productos comerciales creados por grandes compañías discográficas: títeres sin talento alguno que cantaban lo que le ponían delante de las narices; subproductos obsesionados por el éxito que no representarían amenaza alguna cuando él saltara a la palestra.

Un mes más tarde, consiguió el equipo básico para montar su grupo —guitarra, bajo y batería— a través de un anuncio publicado en las páginas del "Melody Maker". Los elegidos, tres jóvenes de Hull de aspecto ambiguo y soñador, encajaban como un guante en sus ambiciosos planes. Sin dudarlos, alquilieron los estudios Trident de Londres y contrataron los servicios de uno de los mejores pro-

ductores del mundo para pulir las aristas. Durante dieciséis semanas ininterrumpidas trabajaron duro, centrándose en los largos desarrollos instrumentales, en los solos de guitarra, y en los arreglos orquestales que definirían el núcleo del álbum.

A diferencia de los discos que vendrían después, la grabación fue tranquila; un ambiente colaborativo y optimista llenaba las sesiones. Evidentemente, Stardust compuso todas las letras de las canciones, tocó la guitarra acústica, y coprodujo el álbum. La historia del elepé —que sería premonitoria— trataba sobre un extraterrestre que llegaba a la Tierra para salvarla de la destrucción convirtiéndose en un mesías del rock. Como era lógico, el protagonista de la narración (el propio Ziggy) terminaría olvidando sus objetivos y sería víctima de su descomunal éxito. La realidad imitaba a la ficción y la ficción imitaba a la realidad: una paradoja cósmica de proporciones infinitas.

4

El disco, turbadoramente titulado *The rise and fall of Ziggy Stardust and the Spiders from Mars*, contó con una monstruosa campaña de promoción que lo catapultó al nº 1 de las listas británicas en menos de una semana. Una histeria colectiva, superior a la de los Beatles, invadió el planeta de un extremo a otro. Millones de personas corrieron a las tiendas para comprar el álbum, que se convirtió en el debut más vendido de todos los tiempos: treinta y cinco millones de copias en doce meses.

Al final de su corta carrera, Stardust recibiría la notificación de que habría superado los doscientos millones de unidades despachadas; un récord que ninguna banda obtuvo ni antes... ni después.

Los discos de oro, platino y uranio, los Premios Grammy, las estrellas en el paseo de la fama de Hollywood, las menciones en el libro Guinness de los récords, comenzaron a amontonarse en las oficinas de la discográfica. De ser una banda desconocida del sur de Inglaterra, Ziggy y las Arañas de Marte ascendieron a lo más alto de la realeza del pop, codeándose con los artistas más importantes de la historia. El equipo de mercadotecnia planificó una gira mundial de veinte largos meses por Inglaterra, los Estados Unidos, Canadá, Europa, Extremo Oriente y Sudamérica. El escenario —que representaba una megalópolis aniquilada— alcanzó cotas de sofisticación jamás vistas hasta el momento. Se necesitaba una enorme infraestructura, para trasladarlo de un sitio a otro a través de grandes distancias. Estaba valorado en tres millones de dólares y requería cien hombres y dos días para montarlo, sin contar con la veintena de camiones de quince metros de largo destinados a transportar a todo el equipo.

A través de la radio, Ziggy entró en todos los hogares, gracias a su pop melódico de gran calidad. Los jóvenes pasaban la noticia de boca en boca a sus amigos, entusiasmados por la nueva estrella que despuntaba en el firmamento, con la que se identificaban al ciento por ciento. Durante aque-

lla época, todos querían ser como Stardust: tener su mismo peinado; vestir sus exóticos modelos kabuki; llevar sus plataformas; maquillarse de manera andrógina... El Apocalipsis había comenzado. Elvis debía de estar revolviéndose en su tumba, pálido de envidia...

5

La cubierta del disco aparecía en las portadas de todos los medios informativos. Se distribuyeron carteles en las paradas de autobuses, estaciones de metro y aeropuertos. Colgaron enormes anuncios en la Gran Pirámide de Giza, los Jardines Colgantes de Babilonia, el Templo de Artemisa, la Estatua de Zeus en Olimpia, el Mausoleo de Halicarnaso, el Coloso de Rodas y el Faro de Alejandría. Muñecos, disfraces, chapas, pósteres, cereales, libretas, carteras escolares, videojuegos, libretas y miles de artículos más, entraron en la campaña de mercadotecnia. Coca-Cola y McDonald adquirieron los derechos para promocionar la gira, por dos mil millones de dólares cada uno. El presidente de los Estados Unidos de América y la reina de Inglaterra se declararon fanes incondicionales del grupo. El primer concierto, celebrado en el estadio de Wembley, con capacidad para noventa mil espectadores, despachó suficientes entradas para llevarlo durante varias semanas.

Mientras tanto, Ziggy recordaba lo difícil que había sido llegar a la cima. En un principio, nadie confiaba en él y menos en la belleza de su

HISTORIA DE UN SOLITARIO

JOSÉ C. CANALDA

Aquel día empezó como cualquier otro para Ramón C.; bueno, en realidad, algo peor, ya que era un lunes. Y aunque su trabajo no fuera especialmente desagradable (era funcionario y trabajaba de administrativo en uno de tantos departamentos de la Administración que nadie sabía muy bien para qué servían), sí resultaba ser una labor no sólo rutinaria, sino también extremadamente aburrida.

Ese lunes, pues, tan sólo deseaba que llegaran las tres de la tarde para poderse marchar tranquilamente a su casa. No tenía demasiado trabajo que hacer (en realidad casi nunca lo tenía) y puesto que ni le gustaba el fútbol ni le apetecía estar toda la mañana haciendo viajes a la máquina del café, se encontraba más bien aburrido, ajeno por completo de que estuviera a punto de pasar por la experiencia más perturbadora de su vida.

Sería alrededor de media mañana cuando los intestinos de Ramón C. comenzaron a enviarle unos mensajes inequívocos que, dada su intensidad, no pudieron ser ignorados por éste, por

mucho que le desagradara utilizar unas instalaciones sanitarias que no fueran las de su propia vivienda. Así pues, pagó tributo a su naturaleza animal consumiendo para ello algunos minutos.

Cuando salió de la cabina procediendo a lavarse las manos, observó que los servicios estaban vacíos; no era, evidentemente, nada excepcional, pero recordó divertido cómo el viernes anterior un compañero del pasillo de al lado le había comentado jocosamente que siempre se tenían que encontrar allí y nunca en ningún otro lugar del edificio.

—Bien, pues esta vez no ha ocurrido así —se dijo para sí mismo al tiempo que salía al pasillo... Un pasillo desierto incluso en el visitado rincón de la máquina del café.

—¡Qué raro! —pensó encogiéndose de hombros, mientras se dirigía a su despacho, un despacho del que también habían desaparecido todos sus compañeros.

Por vez primera comenzó a preocuparle tan extraña situación. ¿Dónde se había metido la gente? ¿Acaso

fectarlos muy bien; uno nunca sabe cuándo pueden ser necesarios.

Vació en la pileta la escopolamina que le había sobrado e hizo correr el agua.

Luego sacó de la mochila las bolsas de polietileno. Abrió la más pe-

queña y contempló con placer la mano de Amanda. Aún sangraba.

Sintiendo un placer indescriptible, se la llevó a la boca.

© M^a DEL PILAR JORGE, 2008.



MARÍA DEL PILAR JORGE
(Argentina —Buenos Aires—)

Escritora infatigable, en **NM** debutó con *Camila* (# 3), *Kuniungüen* (# 5) y —en conjunto con EDUARDO LAENS AGUIAR— “*Hasta que la muerte nos separe*” (# 10).

música: los ejecutivos de las casas discográficas suelen ser hombres avaros y desconfiados, que sólo se rigen por los beneficios que el producto pueda ofrecer; la calidad es algo totalmente irrelevante en cualquier aspecto. El dinero suele ser lo único que importa, pase lo que pase.

Ahora, siendo un ídolo multimillonario, con una docena de discos de oro en su poder, aquellos que lo habían despreciado tenían motivo para lamentarlo. El presidente de Warner Records, que en un principio tildó a las Arañas de Marte como “una banda mediocre, que canta sobre la cocaína, la sodomía, y el fin del mundo”, sufrió un ataque al corazón al descubrir que el álbum había vendido más ejemplares que la Biblia en la última década. Idéntica suerte corrieron un sinnúmero de ejecutivos, *roadies* y *mánager*, los cuales, ante las burlas de la competencia, no tuvieron otra opción que abandonar sus despachos: nunca se perdonarían haber dejado pasar aquella jugosa oportunidad. Desde el escenario, rodeado por un grupo de mimo, contratado para amenizar el espectáculo, Stardust se preparaba a lanzar su ofensiva al mundo...

6

El grupo tenía un *jet* privado, con el logotipo del disco pintado sobre el fuselaje: una imagen de Ziggy vestido con un bonito mono plateado. Contaban con un equipo de filmación, dirigido por D. A. Pennebaker, que se encargaría de grabar un documental sobre la gira. Su *mánager* era un individuo de confianza, un

inglés de la vieja escuela, que estaba dispuesto a hacer lo que hiciera falta para proteger los intereses de sus pupilos. Contrataron un equipo de trescientas personas y una brigada de seguridad, formada por ex agentes de la FBI que habían protegido a Frank Sinatra y al mismísimo presidente Nixon. El director técnico dispuso de una innovadora iluminación para el escenario, que consistía, entre otras cosas, en franjas de luces blancas y negras, que le daban un aspecto fantasmagórico a los atrezos en ruinas. Todo estaba preparado para el mayor espectáculo que el planeta conocería.

Durante la primera parte de la gira, todo salió a pedir de boca: llenos absolutos, críticas favorables, públicos enfebrecidos al borde de la histeria. Más tarde, cuando abandonaron la vieja y querida Inglaterra, los estadounidenses no tardaron en rendirse a los encantos de la banda. Tanto, que hasta los grupos de extrema derecha, el Ku Klux Klan y los mormones —individuos que no veían con muy buenos ojos la homosexualidad— comenzaron a tararear los temas del disco y a usar maquillaje; gracias a Stardust, aquellos hombres fanáticos y duros de roer descubrieron una parte sensible y femenina, que no tardó en salir del armario. ¡Literalmente!

Cuando el equipo pasó por Texas, Ziggy comenzó a hacer de las suyas, travistiéndose en el escenario, delante de miles de fanes incondicionales. En épocas pasadas, aquel acto hubiera sido motivo de escarnios, cadena perpetua o la cámara de gas. Ahora, todos los medios alabaron la

brillantez de la puesta en escena y la calidad de los trajes de mujer, diseñados por él mismo: otro punto a favor que elevó su reputación en los ámbitos de la moda. Los diseñadores que llevaban décadas en el negocio, admiraron su buen gusto: Giorgio Armani, Ralph Laurent, Tommy Hilfiger, Diane von Furstenberg, Gianni Versace, Jean Paul Gaultier... Todos convinieron en que les quedaba mucho por aprender y que Stardust había llevado el género, a un nivel que les costaría décadas alcanzar. Desgraciadamente, ninguno podría cumplir aquel sueño; faltaba poco para el fin del planeta.

7

Desde su aterrizaje en la Tierra, Ziggy se había sentido atraído por las estrellas de *rock*. Había algo perverso en aquellas personas, que con su música podían cambiar la mentalidad y la vida de millones de individuos anónimos. Gracias a Stardust, las viejas glorias, que llevaban más de una década sin sacar un *single* de éxito, volvieron a lo más alto cuando empezaron a versionar sus temas. Durante seis meses, Ziggy llegó a tener veinte canciones en el Top Ten, entre versiones y *singles* propios; nadie podía creer lo que estaba pasando.

En las entrevistas promocionales, Stardust citaba como influencias a Vince Taylor, The Legendary Stardust Cowboy, la Velvet Underground (con su cantante Lou Reed a la cabeza) y a los Stooges (liderados por el carismático y alocado vocalista Iggy Pop). Los críticos y estudiosos intentaron

encontrar rastros de todas aquellas bandas en las letras y melodías de las Arañas de Marte, pero tal tarea fue estéril; el grupo era demasiado original para encasillarlo en algún género conocido.

A raíz de ello, surgiría un nuevo movimiento musical, que los medios catalogaron como "*glam rock*" o "*glitter rock*". El virtuosismo y la técnica de las bandas psicodélicas desaparecieron sin dejar rastro. En el fondo, el género siempre fue aburrido, con solos de veinte minutos que ningún cristiano hubiera podido soportar a no ser que fuera "puesto" de LSD. Stardust aportó una corriente de aire fresco al *mainstream* con sus melodías pegadizas llenas de frescura. ¡Al diablo con los conejos blancos y los submarinos amarillos! Antes de un año, un sinfín de grupos siguieron el camino que las Arañas de Marte habían creado de la nada: Roxy Music, Slade, Suzi Quatro, Gary Glitter, Mud, Sweet, Mott The Hopples, Cockney Rebel, Wizzard...

Marc Bolan, líder de T. Rex y compañero de correrías de Ziggy, se quedaría con la miel en los labios al comprobar cómo su colega conseguía los laureles de la fama con los que él tanto había soñado. En los negocios, el pez pequeño siempre es devorado por el más grande, y Stardust no hacía más que confirmar una teoría tan vieja como el mundo.

8

Después de los conciertos, en los camerinos, aparte de la consabida ración de flores, drogas y adulaciones, las *groupies* luchaban por los

—Che, gordo, ¿siempre soñando, vos? ¡Dale, movete! El jefe quiere brindar antes de irnos. Dijo que llevaras las vituallas y el champaña al tercero —le gritó Esteban, que pasaba apurado, cargando una pila de carpetas.

Lo miró indiferente, con ése su rostro inexpresivo, en el que ocultaba la bronca reprimida. A duras penas logró contenerse para no decirle que era un idiota y que ojalá se muriera y se alejó arrastrando los pies.

Pasó por el baño un momento, necesitaba recomponerse. Con las manos aún húmedas, se dirigió hacia donde se encontraba su *locker* y sacó su mochila.

Ya más calmado, se tomó su tiempo para ir a la cocina. Abrió la heladera, sacó la bebida y los sándwiches. Se metió uno en la boca, mordiéndolo con desesperación; apoderándose de otro, lo tragó de un bocado. Comió otro y otro más. Le temblaban las manos de sólo pensar en Amanda.

Puso los sándwiches en un plato, preparó las copas y acomodó todo en la bandeja.

Suspiró, se sirvió un vaso de agua, y lo bebió con fruición. Con precisa meticulosidad, dejó la cocina en perfecto orden: nadie le podría echar en cara su falta de pulcritud. Descorchó el champaña y marchó con su preciosa carga hacia el tercero.

Estaban todos alrededor del gerente y Amanda también. Sonreían. Maxi, con su rostro humilde y servil, le alcanzó a cada uno su copa.

—Servite vos también, Maxi, vamos —lo invitó el gerente, con un leve

tono socarrón, mientras se apoderaba de una copa.

Fingiéndolo una vacilación que no sentía, asintió con su expresión más obsecuente.

Tomó una copa y sólo mojó los labios en la bebida, en la que apenas se percibía un tenue resabio dulzón.

Paulatinamente se diluyó su enojo. Contempló a sus compañeros con satisfecha placidez. Se movían como títeres, reían, para caer luego al piso, como muñecos de trapo.

Entonces la descubrió: Amanda caminaba tambaleante, los ojos muy grandes, muy abiertos, muy negros.

Maxi, esbozando una sonrisa, avanzó hacia ella.

Cuando salió del edificio, ya era tarde. Adentro todavía se escuchaba el retumbar de la música.

La mochila le pesaba; sin embargo, se sentía satisfecho.

Caminó hasta el colectivo y por suerte pudo sentarse. El trayecto era corto, pero la fiesta y la comida le habían producido una plácida modorra.

Cuando llegó al departamento, lo recibió la húmeda oscuridad. Cerró con cuidado la puerta. Se recostó un instante y entornó los ojos. Ahora no tenía excusa para no buscar otro trabajo. Debería marcharse de la ciudad, empezar de nuevo, pero no le importaba.

Su despedida había sido gloriosa.

Suspiró satisfecho; luego, con su meticulosidad habitual, llevó la mochila a la cocina, para vaciarla. Primero sacó los bisturíes. Tenía que desin-

misteriosamente lapiceras, libros y alguna vez se encontró algún saco manchado con pintura.

Estas pérdidas y destrozos generaban acaloradas discusiones, dudas y acusaciones, pero nadie sospechó nunca de Maxi: no lo creían capaz de hacer ese tipo de cosas. Después de todo, para los otros, él era sólo un gordo inofensivo.

Pero por fin había llegado fin de año y estaba dispuesto a festejarlo.

Avarzó con estudiada lentitud hacia los ascensores, con la mirada puesta en las empleadas de la recepción, uniformadas con breves polleras negras, blusas ceñidas, piernas perfectas.

Había una en particular que le gustaba, Amanda, una flaca descara-da de amplia sonrisa; solía cruzársela en el ascensor. Cuando le llevaba el café, siempre se amañaba para acompañarlo con algún alfajor, ante la protesta de los demás que le preguntaban si ella tenía coronita. Hasta llegó a dejarle caramelos en el escritorio, pero desistió el día en que descubrió que la muchacha los tiraba al cesto de los papeles.

En la soledad de su casa, cuando masticaba los alfajores de chocolate que escamoteaba de la empresa, dejaba que la cremosa textura de la golosina perdurara en su boca, mientras saboreaba el pensamiento de la boca de Amanda en la suya.

El grito inesperado de Julián, el de contaduría, lo regresó a la realidad.

—¡Che, Maxi, loco, qué hacés en el ascensor, con cara de boludo! Sacate las manos de los bolsillos y apurate de una buena vez. Traeme dos cafés a mi oficina.

Mordiéndose los labios para no putearlo, salió del ascensor y partió hacia la cocina.

Se pasó la mañana llevando, de aquí para allá, bandejas llenas de tacitas de café, capuchinos, lágrimas y otros más sutiles brebajes.

En una de esas vueltas, Rapa, el enano antipático de la oficina de legales, le encargó que fuera al tercer piso buscar los faxes que habían entrado ese día.

En el tercero trabajaban Amanda, Esteban, que siempre se la comía con los ojos, y media docena de los directivos de la empresa, los más sarcásticos, los que peor lo trataban.

Mientras oprimía el botón del ascensor, comenzó a transpirar. La imaginó sentada en su escritorio, las largas piernas cruzadas, el leve escote, el pecho sutil. Pero no la encontró ni allí, ni en la oficina de las telefonistas, ni demasiado cerca de la oficina de los jefes. Tal vez se habría escapado al segundo y estaría cotorreando con las de contaduría.

Con la carpeta de faxes en la mano, puso cara de idiota y comenzó a bajar las escaleras. Caminar un poco no le haría mal.

Espió en contaduría: todos charlaban, como siempre, ¡manga de vagos! Pero Amanda tampoco estaba allí. Cabizbajo, regresó hacia las escaleras; lo único que faltaba es que ese día no hubiera ido.

Fue entonces cuando la vio. En un pasillo cercano a una puerta clausurada desde hacía tiempo, Amanda y uno de los muchachitos de sistemas, abrazados en la oscuridad, muy apretados, parecían un bulto simbiótico.

favores de los miembros del grupo. Esto también se extendía a los hombres, muchachos jóvenes e imberbes, que apenas alcanzaban la mayoría de edad, querían hacer el amor con Ziggy, Ronson, Weird y Gilly, sobre todas las cosas. Divertido, Stardust aceptaba de buena gana las proposiciones de sus fanes. Según la leyenda, más de mil personas llegaron a pasar por sus brazos: un récord que Lord Byron había necesitado toda una vida para cumplir.

Lógicamente, Ziggy disfrutaba de cualquier oportunidad, jamás hacía ascos a nada y, lo más importante, estaba abierto a una infinitud de posibilidades; cuanto más perversas mejor. Gracias a su descomunal fama, podía conseguir lo que quisiera: las mejores entradas, las mejores limusinas, los mejores fotógrafos, las mejores entrevistas, los mejores restaurantes, las mejores drogas, las mejores *groupies*; no existía límite alguno. Stardust no tenía ningún tipo de sentido de la moralidad ni de la culpabilidad católica. Era libre como un pájaro y las convenciones sociales de la época tampoco lo afectaban; estaba por encima del bien y del mal.

¿Por qué Ziggy resultaba tan irresistible? Aparte de la conversación y sus excepcionales dotes como amante, poseía una belleza difícil de igualar, sin contar su talento en el escenario y una voz prodigiosa, que alcanzaba cualquier registro. Sus ojos de distinto color —el derecho azul y el izquierdo gris— hipnotizaban a todos los mortales. Su cabello naranja —con aquel corte de pelo sensacional— era la envidia de todo el mundillo artístico. Su

cuerpo —delgado y andrógino— incitaba a cualquier locura sexual. Stardust no se tomaba demasiado en serio a sí mismo; tenía un objetivo que cumplir y procuraba mantener los pies sobre la faz de la Tierra. Todo ello cambiaría en el transcurso de los siguientes meses...

9

Ziggy se encontraba deprimido; llevaba demasiados meses en la carretera y la presión de la fama le estaba resultando insoportable. Ávida de nuevos éxitos, la discográfica lo había obligado a entrar en el estudio, demandando un nuevo álbum que igualara el nivel de ventas de su predecesor. Stardust se resistió a la idea; no había compuesto material nuevo y necesitaba un descanso, pero los *mánager* le exhibieron el contrato y se mostraron inflexibles: de no cumplir lo pactado, lo demandarían.

A regañadientes, no le quedó más remedio que reunir a las Arañas y regresar a Inglaterra con el rabo entre las piernas. Durante las sesiones no existía ninguna clase de química entre los músicos; cada uno iba por su lado. La empatía sobrehumana que los unía en el pasado era historia. Ninguno entendía las letras improvisadas sobre la marcha, de ínfima calidad, que trataban sobre trastornos psíquicos, aislamiento, decadencia moral, entornos urbanos bañados por la lluvia ácida y los efectos nocivos de la cocaína. El productor arrojó la toalla, alegando que era imposible trabajar con Ziggy, que nunca aparecía para

grabar y, en el caso improbable de que diera señales de vida, siempre llegaba colgado y con un grupo de fanes que arruinaban las sesiones.

Después de grabar unos cuantos temas, Stardust sufrió una sobredosis que lo mantuvo lejos del estudio durante semanas; según el médico, había alcanzado el límite de su resistencia física. Mientras se recuperaba en el hospital, analizó los últimos años de su vida, desde una óptica gélida y especulativa, sin permitirse ninguna clase de sentimentalismo. Un día las Arañas de Marte recibieron un mensaje que les heló la sangre en las venas: Ziggy había decidido disolver la banda.

10

Después de la noticia, Stardust desapareció del mapa; necesitaba una buena purga para limpiar su interior. La gente de la casa discográfica intentó localizarlo, aterrorizada, por todos los medios posibles; ninguno quería quedarse sin trabajo. Las fiestas se sucedieron una detrás de otra, incansablemente, en una orgía de sexo, cocaína y alcohol, que hubiera aniquilado a cualquiera. Ziggy se entregó al vicio con todas sus fuerzas y bajó quince kilos en un espacio de tiempo relativamente corto; poco le importaba vivir o morir. Sus facciones se convirtieron en una máscara mortuoria y apergaminada; su anatomía, en un cascarón reseco; su mente, en un crisol de mercurio fundido.

Encerrado en su apartamento de Los Ángeles, sobrevivía a base de una dieta de leche y pimientos, sin mo-

lestarse en correr las persianas de aluminio, sumido en una oscuridad perpetua. Su consumo de drogas aumentó de tal forma que su asistente personal temía por su existencia: cuando llegaba por las mañanas lo encontraba desvanecido en el suelo, circundado por bolsitas de cocaína vacías. Temerosa, tomaba el espejo donde Stardust había esnifado y se lo colocaba debajo de la nariz: si el vidrio se empañaba sería que continuaba con vida. Los pocos amigos que tenía se desvanecieron. Aquellos esnobes no querían tener tratos con su persona; recelaban de la espiral autodestructiva donde oscilaba, al borde del caos.

Las Arañas de Marte, a pesar de haber sido despedidos, intentaron ponerse en contacto con Ziggy, pero éste rechazó sistemáticamente todas sus llamadas. Stardust se sentía avergonzado por sus actos; no soportaba haber hecho tanto daño a las personas que amaba. Cada vez que veía su rostro en las portadas de las revistas le daban ganas de vomitar. Todos sus planes y objetivos eran agua pasada. El destino de la humanidad le traía sin cuidado; no quería saber nada de los hombres y mujeres que, en su momento, había intentado salvar.

11

El tiempo, como un cigarrillo, se consumía entre sus dedos.

Ziggy lamentaba todos los errores cometidos; el anhelo de cambiar el pasado consumía cualquier atisbo de racionalidad que pudiera restarle. ¿Por qué había tenido tanta mala suerte?

EL SABOR DE LA RUTINA

M^a DEL PILAR JORGE

El sol de la mañana despertaba destellos en los ventanales del edificio de la empresa. Maximiliano se detuvo un momento para secarse la transpiración, y aferrándose a la mochila que llevaba colgada del hombro, avanzó hacia la entrada.

Adentro nadie le prestó atención.

Ya había llegado la mayoría del personal y todos circulaban de prisa por pasillos y oficinas. Pero a él lo esperaba un trabajo aburrido, mecánico, donde el momento más feliz era aquel en que ponía un pie —siempre el derecho, por la buena suerte— en la puerta de calle y se alejaba de allí.

Era el último día del año, un año tan terrible y desagradable como todos los anteriores.

Un par de lágrimas resbalaron por su rostro rollizo, mientras recordaba. Recordó sus años de estudiante, la muerte de su madre, la enfermedad del padre, su depresión. Terminó abandonando la carrera de medicina y buscó trabajo. Cuando entró a la empresa, el lugar le había parecido una tabla de salvación, casi un hogar. Pero su frus-

tración lo traicionó y comenzó a engordar. Al principio no le dio importancia, hasta que escuchó, por primera vez, nítidas risitas a sus espaldas.

Después siguieron los insultos, el acoso y las burlas descaradas.

“Pero, che... Con semejante cuerpo te pesan dos bandejas con carpetas, que no se diga...”.

“¡Y ese café para cuándo! Move-te, gordo”.

Podían ir a buscar el café a las máquinas, pero los muy cómodos preferían molestarlo a él.

Había intentado buscar otro trabajo, pero con una carrera a medias le resultó imposible. Además, pequeño detalle, ya no era tan joven y no tenía “buena presencia”. Comenzó a vivir mascullando su bronca.

Maximiliano sentía que en la empresa se había convertido en el payaso fácil de esos infelices. Por eso, mientras rumiaba deseos de venganza, se resarcía haciendo pequeñas maldades: les robaba las golosinas que los otros guardaban en los cajones de los escritorios, cada tanto se esfumaban

dría haber elaborado otras diez mil teorías, pero el hecho de que todo aquello no me interesara —en realidad, ni siquiera ella me interesaba como persona— me llevó a no hacerlo.

De todas maneras, cualquier especulación habría resultado falsa. Sus labios buscaron algo más que mis la-

bios; mi boca buscó algo más que su boca. Y fue entonces que lo descubrimos.

Aquella noche los dos nos quedamos en ayunas.

© SANTIAGO OVIEDO, 1984.

TRAZOS DE AYER: ORNAY

Para la gran mayoría de lectores de CF de la Argentina, el nombre de ORNAY es sinónimo de **Más Allá**, aunque su verdadera identidad permaneció como un misterio durante décadas.

Sin embargo, nunca fue olvidado por los lectores de esa revista y siempre se lo consideró su ilustrador más importante.

A pesar de todo, el enigma fue develado cuando este artista fue descubierto por el equipo de Ediciones Pulpship, ocasión en que se le realizó una entrevista.

ORNAY es RUBÉN MOLTENI (n. 1928), un destacado pintor de la zona oeste de Buenos Aires.

Criado con las historietas de *Flash Gordon* y *Buck Rogers*, después estudió en Bellas Artes y se recibió a mediados de los cincuenta. Luego trabajó para Editorial Abril en revistas como **Más Allá** y **Claudia**.

Su labor como pintor fue constante desde los '50, aunque su obra como dibujante de CF es indeleble y causó más impacto.

Tras cincuenta años volvió a publicar en revistas de CF, como resultado de su redescubrimiento, y sus portadas aparecieron desde 2005 en revistas como **Zona Fokker**, **Gurbo** y **Azul ficción**.

© CHRISTIAN VALLINI, 2007.



Sus intenciones se habían ido al cuerpo. La raza humana era historia y se encontraba en un planeta deshabitado; un montón de ruinas humeantes que le causaban repulsión. A trompicones se incorporó y vagó por el apartamento, contemplando las avenidas solitarias. Durante un segundo, la idea de suicidarse le pareció atractiva: todas las dudas y contriciones que atesoraba no volverían a obsesionarlo; encontraría la paz de espíritu que tanto demandaba.

Stardust intentó llorar, sentir alguna emoción, aplastar los bordes intangibles de la cocaína de alguna manera. Para bien o para mal, sus conductos lacrimales no le ofrecieron la oportunidad de desahogarse; las drogas lo habían convertido en una especie de engendro mecánico. La desesperación estuvo a punto de derrumbarlo contra el suelo: no creía que pudiera resistir la oleada amorfa que invadía sus miembros como un dogal. Con movimientos nerviosos y espasmódicos, Ziggy regresó a la mesa y prendió un Gitanes: el humo del cigarrillo fue un pobre consuelo. Asqueado, contempló las líneas blancas cui-

dadosamente cortadas sobre la superficie de cristal: maldita fuera la hora en que había probado aquella basura.

Entonces, en aquel momento, supo que, después del Apocalipsis, todo volvería a empezar desde cero. Una nueva tribu emergería de las ruinas; supervivientes que se adaptarían sin dificultades al nuevo mundo: jóvenes que llevarían pieles y diamantes, armas de bronce y pedernal, patines y cometas que los auxiliarían a deslizarse sobre los rascacielos ennegrecidos. Sin ser consciente de ello, Stardust había moldeado la Tierra a su conveniencia; un erial recorrido por ratas mutantes y tormentas petroquímicas. Las nuevas naciones levantarían efigies en su nombre, construirían pirámides y templos para adorarlo; sus hazañas se convertirían en una religión completamente autónoma.

Ziggy aceptó su terrible destino con los dientes apretados: de ser un suicida del *rock'n'roll*, se había transformado en un Dios...

© ALEXIS BRITO DELGADO, 2008.

ALEXIS BRITO DELGADO
(España —Tenerife, 1980—)

Activo escritor, colabora con múltiples medios del género y en **NM 8** publicó *He aquí el hombre*.

LA HABITACIÓN 13

SANTIAGO OVIEDO

Soy la escoria de la vida. Luego de todos estos años he tenido que arribar a esta conclusión: soy la escoria de la vida y si tengo una apariencia de existencia es sólo por una macabra broma del Destino, que se complace en torturarme de las peores maneras.

Se me puede llegar a tachar de neurótico o de esquizofrénico, pero lo cierto es que me siento tan ajeno a la vida como un zapato al pie de un amputado y lo que más me enferma es no poder ponerlo en conocimiento de los demás. Me ha pasado buena cantidad de veces caminar por las calles de la ciudad —calado hasta los huesos por una lenta y pertinaz lluvia invernal y aterido por el frío de la estación— y detenerme frente a la ventana de una casa, ver a sus moradores

moverse dentro de su cálido mundo y preguntarme si ellos sabían que yo estaba ahí afuera: solo y vacío de todo lo que fuera un sentido, un ordenamiento elemental de la existencia.

El hecho de carecer de un fundamento para la vida me llevó a la progresiva negación de todo y esa negación desequilibró todo el Universo, inclinando su peso sobre mis hombros. Y la carga me parecía más pesada cuando —en vez de una velada hogareña— podía observar una bulliciosa y distante, lejana fiesta, por lo que opté por cerrar mis ventanas y olvidar.

En mis horas de charlas introspectivas había llegado a suponer que no sólo yo carecía de razón como entidad, sino que todos los otros seres humanos se encontraban en la misma situación, pero que ellos se ocultaban

tras un muro de estupidez o de cinismo —según les conviniera— y montaban una farsa en la que discurría el devenir de sus actos.

Así, me fui distanciando cada vez más de mis semejantes. Durante un tiempo traté de olvidar mi melancolía a través de los placeres, pero ni siquiera la animalidad más abyecta me otorgaba una pizca de descanso. Despertaba en el cuarto de algún tugurio, junto al cuerpo fugaz y gastado de alguna putita barata y al malestar de la borrachera se le agregaba el asco que sentía por mí y por el mundo.

Fue para aquella época que cambié y, desde entonces, sólo he podido encontrar cierto consuelo en mi soledad, rota únicamente por las calladas botellas de licor y por las migajas que me deja la vida.

Por eso, no pude comprender qué fue lo que aquella mujer vio en mí. Demasiada mina para un bodegón como el “Gallo Rojo”. Había llegado a eso de la medianoche y había estado revoloteando entre los parroquianos con esa sonrisa falsa típica de las mujeres. Hay algunas que tienen la particularidad de fabricar ese gesto zalamero, pero que transmite una pesada carga de desprecio para aquel al que está dirigido; carga de desprecio que es recibida con total satisfacción y agradecimiento por parte del interesado. Ella era una de esas. Jugueteó con todos y se acercó a mi mesa.

Mentiría si dijera que me sorprendí cuando me abordó. La sorpresa —creo que quedó sospechable con lo que comenté sobre mí— es una emoción que está fuera de mi alcance. O, mejor dicho, permito que las sensa-

ciones queden fuera de mi alcance y sólo tomo aquellas que se me regalan. O que me son dadas.

Me preguntó sobre mí y —como no soy maleducado— le tuve que contestar. Cuando le conté que era una persona sola, se me insinuó. Le dije que fuera al grano y me invitó a acostarme. Acepté y salimos de ahí. Ya eran las cuatro de la mañana y ella estaba apurada. Muy apurada.

El taxista no podía entender lo que veía: semejante hembra con un reventado. El encargado del “telo”, en cambio, parecía acostumbrado; le dio directamente una llave y fuimos a la pieza, a la habitación 13.

—Espero que no seas supersticioso —se rió.

—Yo no soy.

Al ver las paredes desnudas del cuarto, le pregunté si no se copaba con los espejos. Me dijo que no. Raro; tenía la facha de ser de esas. Ordené un *whisky* y me pidió que no tomara más, que tenía miedo de que yo le hiciese mal. La frase fue hecha como una súplica, pero tenía una nota que parecía significar una orden.

—No tomes más. Me podés hacer mal.

La miré sin contestarle y apuré el vaso de un sorbo. Ella no era nadie para decirme qué podía hacer o dejar de hacer. Y entonces se me acercó. Le brillaban los ojos y se humedeció los labios.

A lo largo de todo ese tiempo no había podido comprender qué era lo que le había atraído de mí. Llegué a pensar que su excitación —su prisa— se debía a un oculto sadomasoquismo, a alguna perversión. Po-

SANTIAGO OVIEDO

(Argentina —Buenos Aires, 1960—)

En **NM** reeditó *Tercera expedición a Iliros IV* (# 3) y —en colaboración con DANIEL BARBIERI— *Condenado a muerte* (# 9). *La habitación 13* apareció por primera vez en el n° 5 del fanzine **Nuevomundo**.